

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.

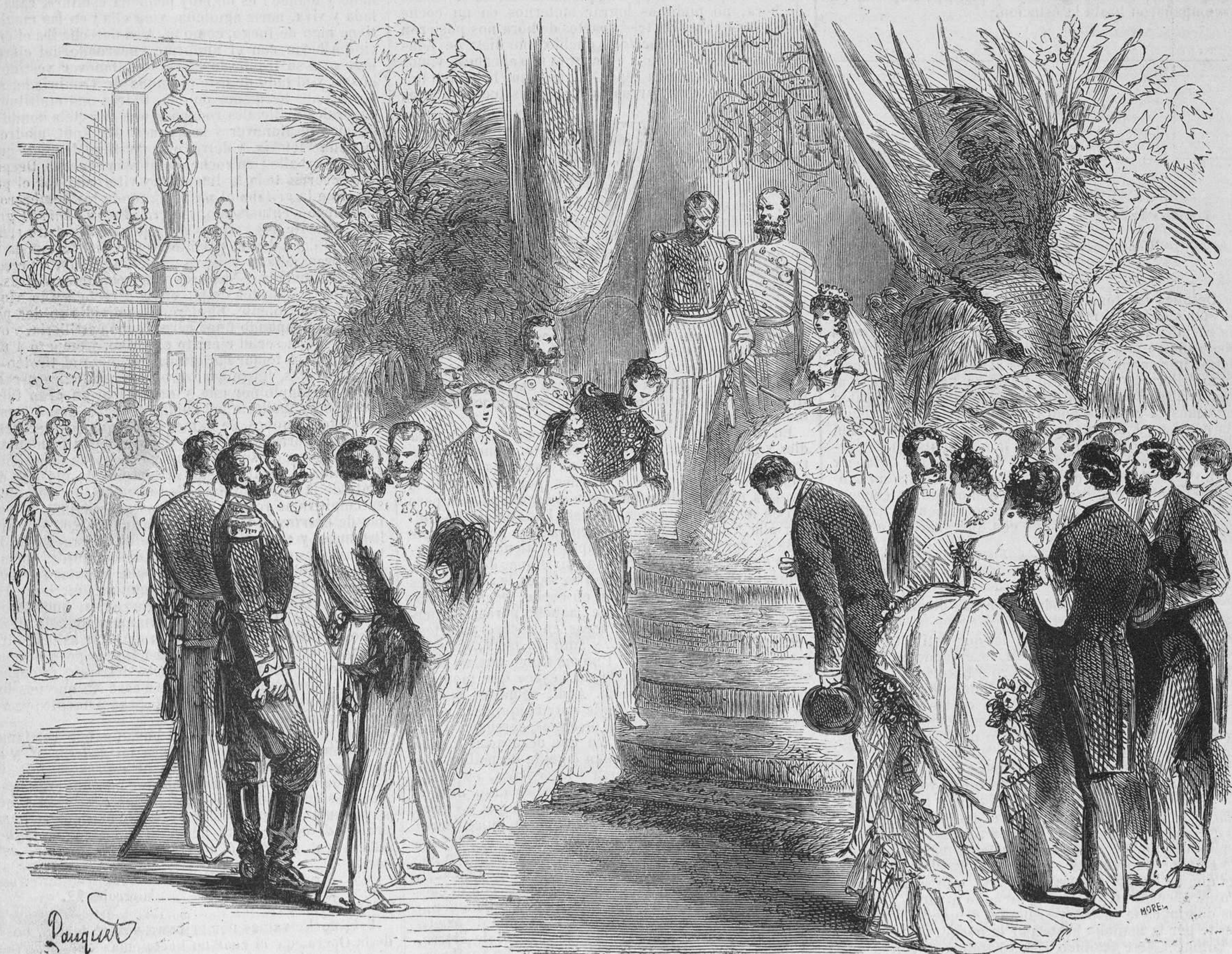


1873. — TOMO XLI.

EDITORES-PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

Administración general y Redacción : Passage Saunier, número 4, en París.

AÑO 32. — N° 1,063.



VIENA. — Casamiento de la archiduquesa Gisela y del príncipe Leopoldo de Baviera.

SUMARIO.

Casamiento de la archiduquesa Gisela y del príncipe Leopoldo de Baviera; grabado. — **Cartas inéditas de don Ventura de la Vega.** — Expedición al Atschin; grabado. — **Sucesos de España;** grabados. — **Revista de París.** — **Poesías.** — **Bellas Artes: Exposición de 1873 en París;** grabados. — **Boletín de conocimientos útiles.** — **De la miseria antigua y moderna.** — **Exposición universal de Viena;** grabado. — **M. Estanislao Jullien;** grabado. — **Academia nacional de música;** grabado. — **La dicha de un desdichado.** — **Los ventisqueros y las metamorfosis del agua;** grabados.

Casamiento de la archiduquesa Gisela

Y DEL PRÍNCIPE LEOPOLDO DE BAVIERA.

El 29 de abril ha tenido lugar en Viena, según el ceremonial prescrito, el casamiento de la archiduquesa Gisela con el príncipe Leopoldo de Baviera.

La archiduquesa Gisela es la primogénita en la familia del emperador y de la emperatriz de Austria; nació el 12 de julio de 1856, y por lo tanto no ha cumplido aun diez y siete años. Es bastante bonita, de ojos vivos, graciosa y animada. Su hermano, el archiduque heredero, el príncipe Rodolfo, tiene dos años menos que ella; y el menor acaba de cumplir cinco años.

El príncipe Leopoldo de Baviera es primo del rey Luis II, y ha cumplido la edad de veinte y siete años. Su semblante es alemán, algo parecido al ruso, y tiene bastante buena figura. Su padre es el príncipe Leopoldo, tío del rey, y su madre la princesa Augusta, archiduquesa de Austria é hija del gran duque de Toscana, Leopoldo II. El recién casado es teniente coronel del 1.º regimiento de coraceros bávaro y jefe del regimiento austriaco de artillería de Temesvar.

Después de la bendición nupcial, los jóvenes esposos dejaron á Viena para trasladarse á Salzburgo. El emperador, la emperatriz y el príncipe imperial los acompañaron hasta la estación.

Cartas inéditas

DE

DON VENTURA DE LA VEGA.

(Continuacion. — Véase el N.º 1,062).

Después fué tomando los niños en sus brazos, uno después de otro: metía la mano derecha en la pila y le rociaba de agua bendita la cara, haciéndole con el dedo índice mojado una cruz en la frente y otra en la boca. Por supuesto, los niños al sentirse rociar rompían á llorar, y como eran seis y ya grandecitos, y al rociar al sexto todavía lloraban los otros cinco, había una música como te podrías figurar. El cura en seguida previene á las madres la obligación de criar bien á sus hijos, y á los padrinos la que contraen de servir de padres á aquel niño, si los suyos les faltan; y dicho esto, todos se retiran: á esto se reduce un bautismo de protestantes. Después hemos ido en coche á pasear por los parques, y tampoco hemos hallado gente: es mucho el extremo con que guardan aquí el domingo.

Son las seis y media y vamos á comer.

Londres, lunes 20 de junio.

Esta mañana, Manuela mía, así que recibí tu carta, cerré la mía y la eché al correo, reservándome contestarte largamente. Ahora empiezo á hacerlo.

Si lo que te escribí de París lo llamas *Memorias*, con mas razon lo podrías llamar á mis cartas de Londres en que te doy noticia de cosas mas notables; y pues veo que esto te gusta, seguiré con mi Diario, refiriéndote minuciosamente cuanto vea y observe.

Cuando salí esta mañana me llevé en el bolsillo tu carta y las de mis hijos, y á estas horas ya las he leído y releído no sé cuántas veces, y cada vez con mas placer. ¿Con que tan buen rato han tenido A. y M. con lo que digo de Ventura? ¡Pobres padres! ¡separados de su hijo único!... ¡Si vieras cuánta pena me dan! No sé cómo han tenido resolución para ello. Asegúralas que en cuanto yo vuelva á París, que será ya dentro de pocos días, iré muy á menudo á verle, y todos los domingos le sacaré y le llevaré á que se divierta desde por la mañana hasta por la noche.

Entonces veré también á M. Chambon, y con él arreglaré el enviarte las cositas para la casa nueva.

¿Con que ya á estas horas la estarás habitando?

¿Sabes una cosa?... (está visto que soy muy ñoño). ¿Querrás creer que me da tristeza pensar que no he de volver á ver mi casa de la calle del Prado?... No lo puedo remediar: le tomo cariño á todo lo que me rodea.

En fin, cuéntame cómo os habeis distribuido, y si al ocuparla *prácticamente* hallas que corresponde á lo que prometía, ó si descubres algun lunar. Si yo pudiera llevarte para que la alhajases lo que aquí hay en ese género, como espejos dobles del que había en la sala, por 30 duros; alfombras riquísimas á 25 reales la vara; una mesa dorada de preciosa talla por 18 duros, que la tengo aquí en mi cuarto; y todos los cachibaches de una casa, como bajillas, máquinas para asar, mantelerías adamascadas con las armas y el nombre del dueño, y tantas y tantas cosas tras las cuales se me van los ojos, acordándome de ti; ¡y todo tan barato! Pero los portes, las aduanas, la exposición de romperse, son cosas que asustan. Yo sin embargo he de intentar llevar algo: veremos cómo se puede hacer.

Dime cuántas varas hay desde el testero de un gabinete al testero del otro, y cuántas tiene de ancho. Dime también cuánto es el ancho que tiene el hueco entre los dos balcones de la sala, ó por mejor decir, cuánto debe tener de ancho la mesa que se haya de colocar allí: todo esto, por si acaso.

Te dije que íbamos esta mañana á ver un sitio Real; pero después supimos que mañana hay una gran revista de diez mil hombres cerca de Londres (¡á catorce leguas!) que va á pasarla la reina á caballo, y hemos empleado la mañana en ir al camino de hierro á reservarnos asientos para ir, y á disponer que nos lleven allá el coche en un wagon. Saldremos de aquí á las siete de la mañana, porque la reina va á las diez. Por esta razon me voy ahora á dormir, y mañana por la noche, vida mia, te contaré todo lo que haya visto. Adios.

Martes 21.

Son las diez de la noche, y ahora acabo de comer, porque he vuelto de la revista á las ocho y media, rendido del traqueo del día; pero yo descanso escribiéndote, y te lo voy á contar todo.

Era tal el gentío que se había agolpado al camino de hierro desde las seis de la mañana, que tomaban los trenes por asalto, y aunque salía uno cada cuarto de hora, no pudimos lograr meternos en un coche hasta las nueve. En tres cuartos de hora nos pusieron en la estación de *Chertsey*, pueblo que dista de Londres unas doce leguas: en cuanto nos apeamos, vimos allí nuestra carretela esperándonos, que la habían llevado en el tren de carruajes y caballos que salió á las cuatro de la mañana.

Nos metimos en ella y nos dirigimos al campo militar que estaba á seis millas de allí (dos leguas). La mañana estaba hermosa, nublada, sin calor, frío ni polvo. En *Chertsey* había infinidad de coches de alquiler de todos tamaños, figuras y *edades*, omnibus, carros, y cuanto género de vehículo existe para conducir gente, todo á precios exorbitantes. Todo se ocupó en un momento, y toda aquella inmensa caravana se puso en movimiento hácia el campo, con innumerable gente á pié que no pudo ó no quiso tomar carruaje, y se andubo las dos leguas, entre ella muchísimas señoras, elegantemente vestidas. Apenas echó á andar la carretela, sacamos una caja de provisiones que habíamos colocado en ella, y nos pusimos á almorzar; pues aunque yo antes de salir de casa había tomado chocolate, ya tenía hambre. ¡Con qué envidia nos miraban los pobres de á pié en nuestra gran carretela abierta, tirada por dos hermosos caballos, y almorzando jamon, rosbeef, polla asada, burdeos!

En la carretela íbamos Campos, Soerla y yo, y á las diez y media llegamos al campamento. Vimos á la entrada una infinidad de tiendas de campaña donde se habían establecido fondas y cafés, por el estilo de la pradera de San Isidro en el día del santo patron, pero tan en mayor escala como lo está Londres de Madrid. Mas allá, en una campiña hermosísima toda entapizada de verdura, se veían grupos de tiendas de campaña que ocupaban las diversas divisiones del ejército, y aquel extendido campo lleno de todos los habitantes de Londres, á pié, á caballo, en coche. Decirte el número de ellos sería imposible: aquello parecía el ejército de Xerjes. ¡Cuántas señoras en coches abiertos! ¡cuántas otras á caballo!... y aquí de mi V... ¡Cuántos niños en sus jaquitas! Uno me chocó que no sería mayor que Alejandro Mata, ni la jaca que montaba mayor que un perro grande. Aquí, como en Buenos Aires, los hacen montar desde muy chiquitos.

Con toda aquella multitud de almas, carruajes y animales, no hubo en todo el día una desgracia. A cada paso encontrabas un *policeman* (agente de policía) que ponía orden y daba dirección á los coches, es decir, no obligándoles á seguir una fila, pues eran dueños de ir por donde quisieran, sino evitando que se atropellasen. Este cuerpo de *policeman* es la única fuerza que hay en Londres para mantener el orden, pues los soldados para nada intervienen, ni se les ve nunca por la ciudad. Son muchísimos miles: visten pantalon azul, frac del mismo color, cerrado por delante con el cuello derecho, y en el bordado de blanco un número; sombrero como el nuestro, solo que la tapa de arriba es de suela, y por dentro está todo forrado de hierro, de modo que aunque en la apariencia es un sombrero como otro cualquiera, es un verdadero casco que les defiende la cabeza. No llevan sable ni arma ninguna;

pero cuando es preciso sacan del bolsillo de atrás del frac un palo de media vara de largo en forma de cetro que tiene una bola de hierro en la punta, y es arma mortal. No se da caso que usen de ella jamás: es tal el respeto que hay aquí á la ley, que á la voz de un *policeman* nadie replica y obedece como un cordero, y esto desde el primer lord hasta el último infeliz: son muy atentos; están en la calle parados de trecho en trecho, y te dan las señas si les preguntas, y aun te acompañan si eres forastero y no encuentras tu casa. Y ahora que hablamos de policía, te diré que aquí no hay pasaportes, ni padrones, ni registro á las puertas, ni ninguna de las pejugueras que en los demás países. Desembárcas en un puerto de Inglaterra, y nadie te pide pasaporte: solo allí te registran (muy ligeramente) el equipaje, y ya puedes viajar por toda Inglaterra, Escocia é Irlanda sin que nadie te pregunte nada, y marcharte cuando quieras lo mismo, y mudar setenta veces de casa y hacer lo que se te antoje. Y sin embargo, hay tanto orden, y no se escapa un criminal; ¿qué será esto?

Volviendo al campamento, te diré que estaba lleno de *policeman*, unos á pié y otros á caballo, para cuidar del orden. El ejército estaba ya formado: son unos soldados hermosísimos, todos de igual talla, que parecen hechos expresamente, y ninguno mas bajo que don Juan Latorre. Lo que mas me llamó la atención fué la tropa escocesa: visten, como los que has visto pintados, casaca encarnada, y un faldellin muy plegado que les llega cuatro dedos mas arriba de la rodilla, dejando ver las piernas desnudas: zapato, y un medio botín que no pasa de la mitad de la pantorrilla; los oficiales van lo mismo.

A las once rompieron todas las músicas tocando el *Got save the queen* (Dios salve á la reina), que es el himno nacional, y era que llegaba la reina al campamento. Nosotros, como teníamos una papeleta de la embajada para penetrar en lo interior del campo, nos colocamos muy bien y la vimos pasar de cerca. Precedía un piquete de coraceros de la guardia real, luego varios generales haciendo de batidores, y á cierta distancia la reina: iba á caballo, con traje de amazona, es decir, traje de montar, negro, la placa de la orden de la Jarretiera; en el hombro derecho cordones de oro, que es aquí la insignia de capitán general, y un sombrero hongo negro con un plumerito encarnado y blanco: es de muy pequeña estatura, cara afilada y viva, nariz aguileña, y en ella y en las megillas tiene algo de fuego, como tú. A su derecha iba el príncipe Alberto con el uniforme encarnado del ejército inglés: á su izquierda el rey de Hanover vestido de húsar, y al lado de este el duque de Cambridge, ambos primos hermanos de ella. Detrás una multitud de generales y oficiales rodeando una carretela donde iba la reina de Hanover y la duquesa de Kent, madre de la reina Victoria, y detrás otra multitud de gente principal á caballo y en coche, hombres y señoras. Después que recorrió toda la línea, muy vitoreada por el pueblo, que la gritaba al pasar agitando los sombreros y con mucho entusiasmo, ¡hurra, hurra, hurra! grito que se repite tres veces, y que equivale á nuestro ¡viva! se apeó del caballo, delante de una tienda que la tenían preparada, y allí se sentó en una silla á presenciar el simulacro. Nosotros nos colocamos detrás en una altura, puestos de pié en la carretela y lo vimos todo perfectamente. El ejército se dividió en dos partes: una ocupando unos cerros con la artillería, y otra que figuraba ser el ejército enemigo, y empezó á maniobrar para tomar las alturas. Empezó el tiro de las guerrillas, luego avanzaron los batallones escoceses y se rompió por una y otra parte un gran fuego de cañon y fusilería; el ruido atronaba aquel campo cubierto de nubes de humo, hasta que los escoceses subieron corriendo á paso de carga por la montaña arriba al son de sus cornetas y coronaron la posición. Concluida la batalla, todo el ejército desfilaron por delante de la reina y volvió á sus tiendas. La reina con su comitiva se retiró, y nosotros nos volvimos al pueblo de *Chertsey* á tomar el camino de hierro. A las tres llegamos, y era tal el gentío que se abalanzaba á los trenes, y eso que salía uno cada diez minutos, que nos fué imposible hallar cabida. Lo que hicimos fué quedarnos en la carretela y dejar que nos metieran con ella en el tren que llevaba los carruajes, que salió á las siete y media, cuando todavía quedaba allí un diluvio de gente; yo creo que han de estar saliendo trenes toda la noche. Llegamos á Londres poco después de las ocho; sacaron la carretela del tren, la engancharon los caballos y nos trajó á casa sin que nos hubiéramos movido de ella desde el campamento; ya ves qué comodidad.

Aquí tienes mi jornada de hoy. Cuando volvíamos llovió un rato; pero yo me puse mi *waterproof*, y no me mojé. Tú dirás: ¿y qué es un *waterproof*? Es un gaban de una tela impermeable que he comprado aquí; ya verás qué bonito. *Water* significa *agua*; *proof* (que se pronuncia *pruf*) significa *prueba*; con que se llama *prueba de agua*. Ya te he enseñado algo de inglés. Adios, que me voy á acostar: mañana seguiré esta carta.

Miércoles 22.

Esta noche vamos por primera vez al teatro, no al de la Opera, en el cual no hacen mas que *Roberto el diablo*, los *Hugonotes*, y todas esas de música tan profunda y tan sabia que me hace dormir, sino al teatro dramático inglés donde representan hoy la tragedia de

Shakspeare titulada *Macbeth*; veremos qué cosa son los ingleses en la tragedia, y cuando vuelva esta noche á casa te lo contaré.

En cuanto á lo que me dices de tu proyecto de viaje, tú, tomando en cuenta las razones que me das, dispon y resuelve lo que te parezca, sea enviar á V. conmigo, sea que vaya P. con él y con Manolito, sea que vayas tú con los cuatro; lo que tú determines y hagas, vida mia, me parecerá siempre lo mejor, tal es la fe que tengo en tu talento y en tu buen juicio para todo. Por lo que me dices de P., veo que no puedo darte opinión ninguna hasta saber si á élle son necesarios tambien los baños; este es el dato de que hay que partir, pues si Corral dice que los necesita, ya no hay que andar discurriendo, sino que tú te vayas con todos ellos, pues lo primero en esta cuestion es la salud de los niños. Si Corral te dice que no le hacen falta, entonces puedes echarte á calcular qué será lo mejor de los tres proyectos que me indicas, y poner en planta el que te parezca mas acertado; pero nada podemos decidir hasta que me digas lo que hay respecto á P. De todos modos, la estacion aun no está adelantada y hay tiempo de pensarlo. Dices que ahí siguen los frios: tampoco aquí hace calor; pero no mal tiempo; algunos días llueve un poco, pero el temple es muy apacible, como á mí me gusta, ni calor ni frio. ¡Y si vieras qué largos son aquí los días! ¿Querrás creer que no anochece hasta mas de las nueve y media y que es de día antes de las tres de la mañana? Apenas hay cinco horas de noche. A ver si R. y V. averiguan cuál es la razon *geográfico-astronómica* de que en Londres sean mas largos los días que en Madrid.

Cuéntame del Circo: ¿conque la magia hizo fiasco y duró pocos días? Dime si han hecho despues algo nuevo. Ya sé por Olona que la compañía no va á Barcelona como proyectaba; en ese caso quizás vengan pronto á París Salas y Gaztambide; al menos ellos así lo decian. Dale mis señas para que me busquen cuando lleguen. Tambien Barbieri decia que vendria, pero lo dudo.

Hoy he recibido cartas de Breton contestando á una que le escribí. Me dice que Florentino Sanz ha renunciado la plaza que tenia en la junta, y que en su lugar han nombrado á Ceferino Suarez Bravo; me alegro de lo segundo y no me puedo explicar lo primero.

Jués 23.

Anoche, Manuela mia, fuimos, como te he dicho, al teatro inglés y vi hacer el *Macbeth*. Has de saber que me gustó extraordinariamente la representacion. Como yo conozco mucho la tragedia, aunque no entendia las palabras bien, comprendia el sentido y podia juzgar del mérito de los actores. El principal es un tal *Cárlas Kean* (se pronuncia *Kin*), hijo del célebre *Kean* que habrás oido celebrar; es un trágico excelente, y mejor, para mi gusto, su mujer; pero lo que mas me agradó fué la manera de estar puesta en escena la obra, el lujo de los trajes y decoraciones, y sobre todo los comparsas, que toman parte en la accion como si fueran actores. Te digo que lo que es la tragedia se hace aquí (exceptuando á Rachel) muchísimo mejor que en París. Te daré una prueba diciéndote que C., que no entiende una palabra sola de inglés, ni sabe quién es Shakspeare, ni *Macbeth*, estuvo sin pestañear, interesado, haciendo mil exclamaciones y comprendiendo el argumento. Representan sin apuntador: no hay agujero ni concha como en el teatro de casa; así tienen que saber muy bien el papel, y la ilusion del espectador es completa. El teatro no es muy grande, algo mayor que el del Principe, y adornado con un gusto exquisito; la disposicion de los asientos como en los teatros de París; los palcos mas grandes; el que nosotros ocupáramos costó 2 guineas (10 duros). En la Opera cuesta un palco 5 guineas (25 duros). El teatro donde estuvimos anoche se llama *Prince's-teatro* (Teatro del Principe).

Hoy ha habido besa-manos en palacio; yo no he ido porque no traje de París mi uniforme, y ahora lo siento, pues hubiera visto la corte. Como no pensaba estar aquí mas que ocho ó diez días, solo traje la maletilla con lo mas preciso, y el baul se lo dejé á Olona. Hemos ido por la calle que conduce á *Buckingham-palace* (palacio de Buckingham), que es el que habita la reina, y hemos visto pasar los trenes de gala, que los hay magníficos: cocheros y lacayos con pelucas blancas. Luego hemos ido á ver un almacén ó galeria donde se vende de todo lo que hay en el mundo. Ocupa una manzana entera y se divide en una infinidad de salas y galerias altas y bajas, todas las cuales he recorrido; hay salones donde se venden cuadros; otros donde hay carruajes, otros de objetos de tocador; otros de libros y estampas; otros de quincallería, etc.; hay un departamento donde se hallan pájaros raros; otro de plantas, árboles frutales y flores; en fin, allí hay de todo. Yo no he comprado mas que un pequeño recuerdo para la P.

Despues de comer hemos ido por segunda vez á la *Politécnica*, de que ya te he hablado. Hoy he visto una cosa curiosa, que es bajar un hombre al fondo del agua con un aparato que se ha inventado. Se pone primero un vestido de lana muy grueso para que no le penetre la humedad; luego otro encima de una tela muy fuerte impermeable y se cubre la cabeza con una especie de casco de hierro bruñido que le baja hasta el pecho; este casco tiene delante de los ojos una como vidriera por donde se ve, y otras dos á los lados;

y como el casco descansa sobre los hombros puede girar la cabeza dentro de él y mirar á todos lados. Por detrás del casco hay un agujero con una manga impermeable de muchas varas de largo, cuyo extremo superior queda fuera del agua y por allí entra el aire para que respire. Atado el hombre á una cuerda muy fuerte bajó á un estanque de agua bastante profundo que hay en el centro de un salon del establecimiento, y estuvo andando por el fondo mas de un cuarto de hora. Por este medio han bajado, poco há, al mar, en el punto en que se fué á pique el navío inglés *Real Jorge*, y han sacado cañones y otros objetos despues de cincuenta años que llevaban de estar en el fondo.

A las ocho y media salimos de la *Politécnica* y nos fuimos á un jardin que hay del otro lado del Támesis, donde todas las noches se da funcion de fuegos artificiales. ¿Puedes tú comprender que á mi edad me haya estado con la boca abierta viendo castillos de pólvora? Pues te digo que he salido de allí asombrado.

Es un extenso jardin que tiene á un lado un anfiteatro cubierto, donde hay una orquesta que toca admirablemente, y enfrente un lago mayor que el del Retiro. El lago está cercado en la orilla de enfrente por una especie de decoracion que figura montañas con un puerto y muchos barcos; al principio está todo aquello oscuro para que luzcan los fuegos, que son en el mismo lago. Así que terminó la orquesta salió de entre las montañas un barco con sus velas, se paró al llegar al centro del lago y empezó á arrojar cohetes hasta convertirse en un castillo de fuego, con los caprichos mas bonitos que te puedes figurar: ya era un abanico ya un ramillete, ya una fuente, variando á cada paso de colores. Así que concluía tocaba la orquesta, y luego salia otro barco que presentaba otros caprichos de fuego diferentes. Habia unos cohetes que culebreaban sobre la superficie del lago, se metian dentro del agua, salian mas allá, volvian á sumergirse, volvian á salir... yo no sé qué clase de mixto tendrán para no apagarse en el agua. Despues de esto se iluminó de repente el lago y se vió la decoracion de montañas que te he dicho, que era una vista preciosa. Luego volvió á oscurecerse y salieron por un lado y otro multitud de gondolas venecianas llenas de faroles de colores, y así que entre todas casi cubrian el lago, cada una se convirtió en un castillo de pólvora con diversos fuegos. Volvió á sonar la orquesta, y por último, se iluminó de nuevo la decoracion del fondo, salieron varios buques y empezaron á arrojar bombas sobre el puerto y este á contestar imitando el fuego de artilleria; en esto los buques figuraban que se les incendiaba la Santa Bárbara y volaban con gran estruendo, ardiendo todos y dejando el lago sembrado de despojos.

Y yo, mientras duraba todo esto, acordándome de vosotros. ¡Cuánto os hubiera gustado verlo! Te aseguro, Manuela mia, que esta ligera pintura que te hago no te da idea de lo precioso del espectáculo que he visto esta noche. A las diez se acabó, y me he venido á casa á contártelo.

Viernes, 24.

Acabo de almorzar y voy á cerrar esta carta para echarla al correo. Hoy todavía no hemos formado plan de lo que iremos á ver. Acaban de decirme que Bermudez de Castro ha hecho dimision del ministerio de Hacienda, y que se habla de *Luis Pastor* para reemplazarle. Dime si es cierto:

Adios: recibe un abrazo de tu

VENTURA.

Londres, sábado 23 de junio de 1833.

Ayer, Manuela mia, despues de echar la carta al correo, fui á la embajada, y allí supe que por un parte telegráfico habia llegado la noticia de ser Pastor ministro de Hacienda.

Y dime, ¿no podria ahora Luis arreglarnos aquel asunto de Corbalan? Yo pienso escribirle, nada mas que dándole la enhorabuena. De todos modos, la verdad es que me alegro de su fortuna.

Ayer, despues de comer, quise volver al teatro inglés, donde hacian una tragedia de lord Byron, titulada *Sardanápalo*; pero llegué y no habia billetes. Entonces me fui al club á buscar á Sorela, y con él fui al Parlamento á verlo otra vez. Estuvimos un rato viendo la sesion de los Lores y otro la de los Comunes, y desde allí nos marchamos á la nueva casa de Comin, secretario de la embajada, que se llama Juan, y era su santo: hasta aquel momento no supe yo que ayer era San Juan. Desde el Parlamento á casa de Comin, yendo á pie echamos hora y cuarto. ¿Qué te parece de las distancias de Londres?

Y eso que anduvimos se llama aquí cerca. La línea que atraviesa la ciudad de un punto al opuesto tiene 12 millas, que son 4 leguas nuestras.

En casa de Comin estuve hasta las doce, charlando y tomando té, y me vine á casa solo y sin perderme, porque ya empiezo á saber andar por aquí, con tal de no salir de este barrio en que vivo.

Por mi cuenta hoy ó mañana debo recibir respuesta tuya á mi primera carta de Londres. Sentiré que no llegue hoy, porque si se recibe mañana, que es domingo, no me la traerán hasta el lunes.

Domingo, 26.

Pasó el sábado sin que me trajeran carta: veremos si mañana tengo el placer de recibirla.

Ayer anduvimos recorriendo tiendas, porque Campos queria hacer varias compras; entre otras cosas compró un neceser magnífico; todos los frascos y vasos para cepillos, jabon, etc., son de cristal tallado con cubiertas de plata cincelada, en que pondrán su cifra; los mangos de los cepillos y demás instrumentos son de nácar; le ha costado 70 libras esterlinas, que son cerca de 7,000 reales; los habia en la tienda hasta de 1,000 duros. En esto pasamos la mañana. Despues de comer tratamos de ir al teatro inglés á ver el *Sardanápalo*; pero tampoco habia billetes; será preciso tomarlos por la mañana temprano. Fuimos entonces con la A. á casa de una señora cuyo marido es maestro de música, donde iban á reunirse varios artistas á ensayar las piezas que cantan en un concierto que tienen mañana, cuyo programa te lo tengo guardado para que veas las dimensiones que tienen aquí estos espectáculos. Uno de los que cantaban, que era italiano, empezó á hablarnos de España con mucho entusiasmo, diciéndonos que Madrid le gustaba mucho, y que era uno de los recuerdos mas agradables de sus primeros años.

— ¿En qué tiempo, le pregunté yo, estuvo Vd. en Madrid?

— ¡Oh! me dijo, hace mucho tiempo: yo estuve allá desde el año 22 hasta el 25. Mi padre era uno de los emigrados italianos que por aquella época se refugiaron en España, y yo entré á servir de cadetito en un regimiento español.

— Pues en ese tiempo, le dije, yo tambien estaba en Madrid.

— ¿Conoce Vd., me preguntó, á un jóven que se llama Laplana?

— Mucho, le dije; es amigo mio, y en esa época que Vd. me cita andábamos siempre juntos.

— Pues yo, añadió, iba siempre con él á jugar al Retiro, allá á una cueva que habia junto al Observatorio.

— Y yo tambien, le dije.

— Pues entonces, replicó, ¿deberia Vd. conocer á Ortiz y á Escosura, que iban allí á jugar, y á otro muchacho que se llamaba Vega...

(Se continuará).

Expedicion al Atschin.

Desde hace mucho tiempo las autoridades neerlandesas de las Indias habian entrado en negociaciones con el sultan de Atschin, sin que jamás lograsen ponerse en un perfecto acuerdo, á pesar de las bellas promesas, de las pruebas de deferencia y de las mil protestas de amistad que daba á aquellas autoridades, hasta que habiendo adquirido estos la prueba de su doblez, le enviaron un comisario para pedirle explicaciones acerca de su conducta, y en el caso contrario, declararle la guerra.

El sultan al verse obligado á dar una contestacion categórica, pues veia que ya no se creia en sus falsas promesas, se decide á quitarse la máscara, y entonces no solo rehusa dar ninguna satisfaccion, sino que contestó: «Que así como él no se mezclaba en los negocios del rey de Holanda, así creia que debia este proceder con el sultan de Atschin.»

En vista de semejante arrogancia, las autoridades neerlandesas no podian tomar otra resolucion que darle una leccion.

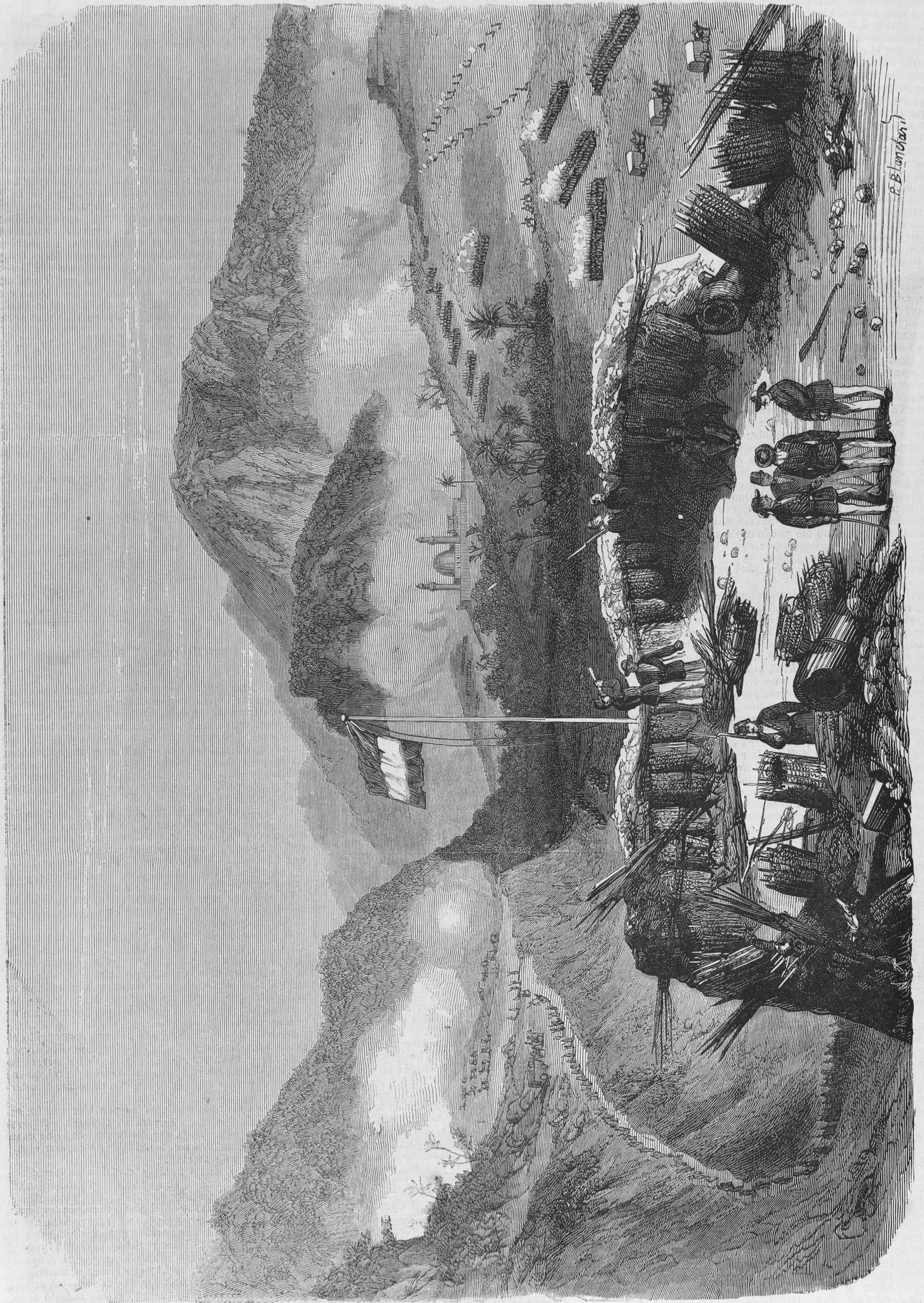
Desgraciadamente era necesario obrar con la mayor actividad, porque se aproximaba la época del mal tiempo; y sin contar con datos exactos acerca de los medios de resistencia con que contaba el sultan, las autoridades neerlandesas enviaron una expedicion insuficiente, que á pesar de su valor, su energía y el talento de su jefe, fué casi destruida por fuerzas cien veces mayores.

Despues de una lucha de diez días y conseguido algunas ventajas parciales, la expedicion se vió obligada á retroceder y volverse por el camino de Batavia, abandonando entre los muertos á su bravo general, que no quiso sobrevivir á lo que él consideraba como una derrota.

Si bien son muy sensibles las pérdidas que ha sufrido la columna, esta derrota es fácilmente reparable, teniendo en cuenta que las fuerzas con que cuentan los neerlandeses son formidables comparadas con las del sultan de Atschin.

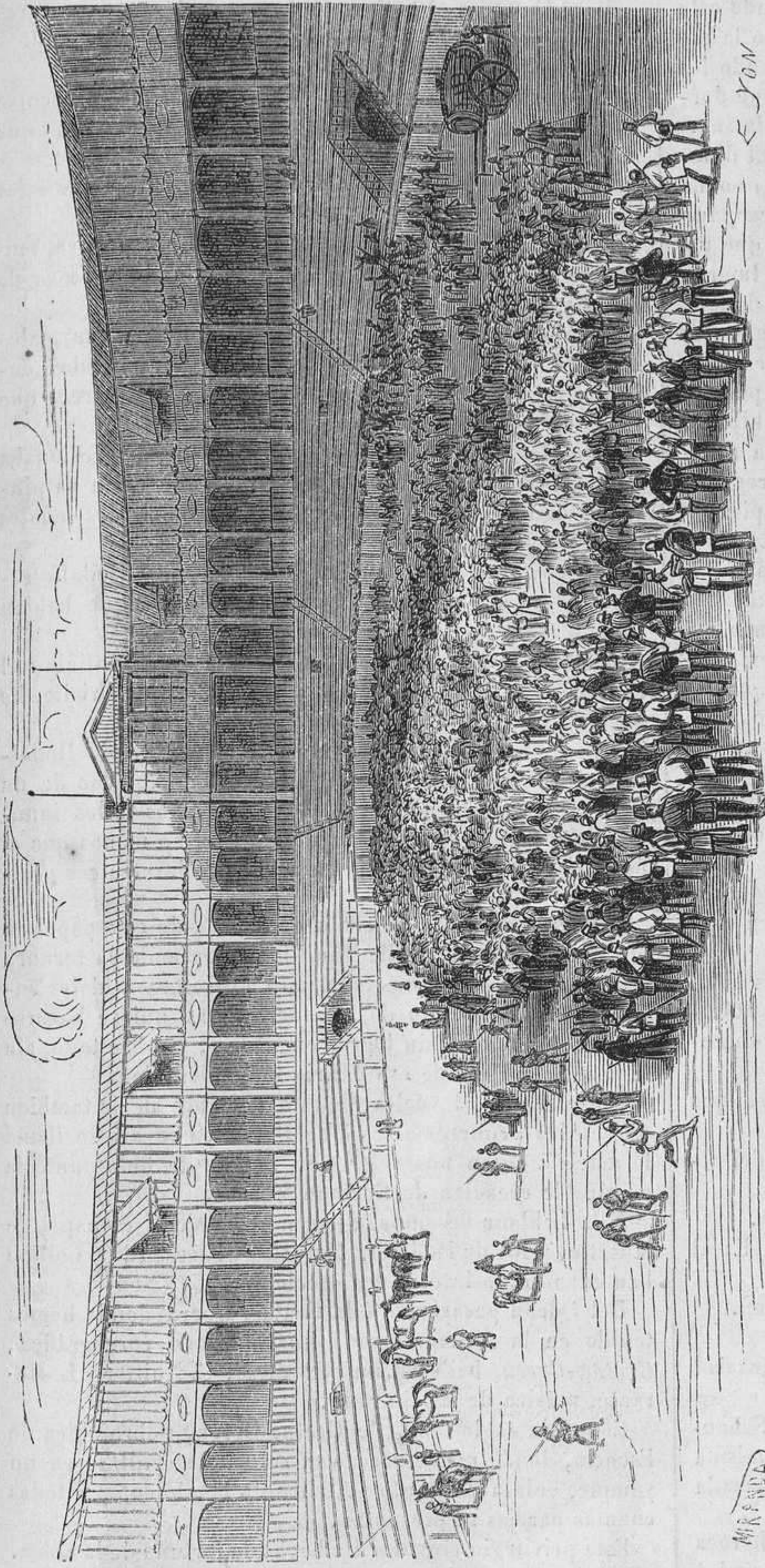
Si la naturaleza no hubiese contribuido tambien á complicar la situacion en que se encontraba la expedicion, hubiera podido conservar sus posiciones y aguardar los refuerzos que habian salido de Java para tomar despues la ofensiva; pero desgraciadamente su desembarco si no era imposible, al menos hubiese sido muy peligroso. Este inconveniente habia obligado á aplazar las operaciones militares para el mes de octubre, en cuya época no hay que temer al mouson.

Algunos publicistas holandeses y extranjeros acusan á las autoridades neerlandesas de este nefasto acontecimiento, y hasta tratan de imponer su fallo sin tener á la vista los autos.

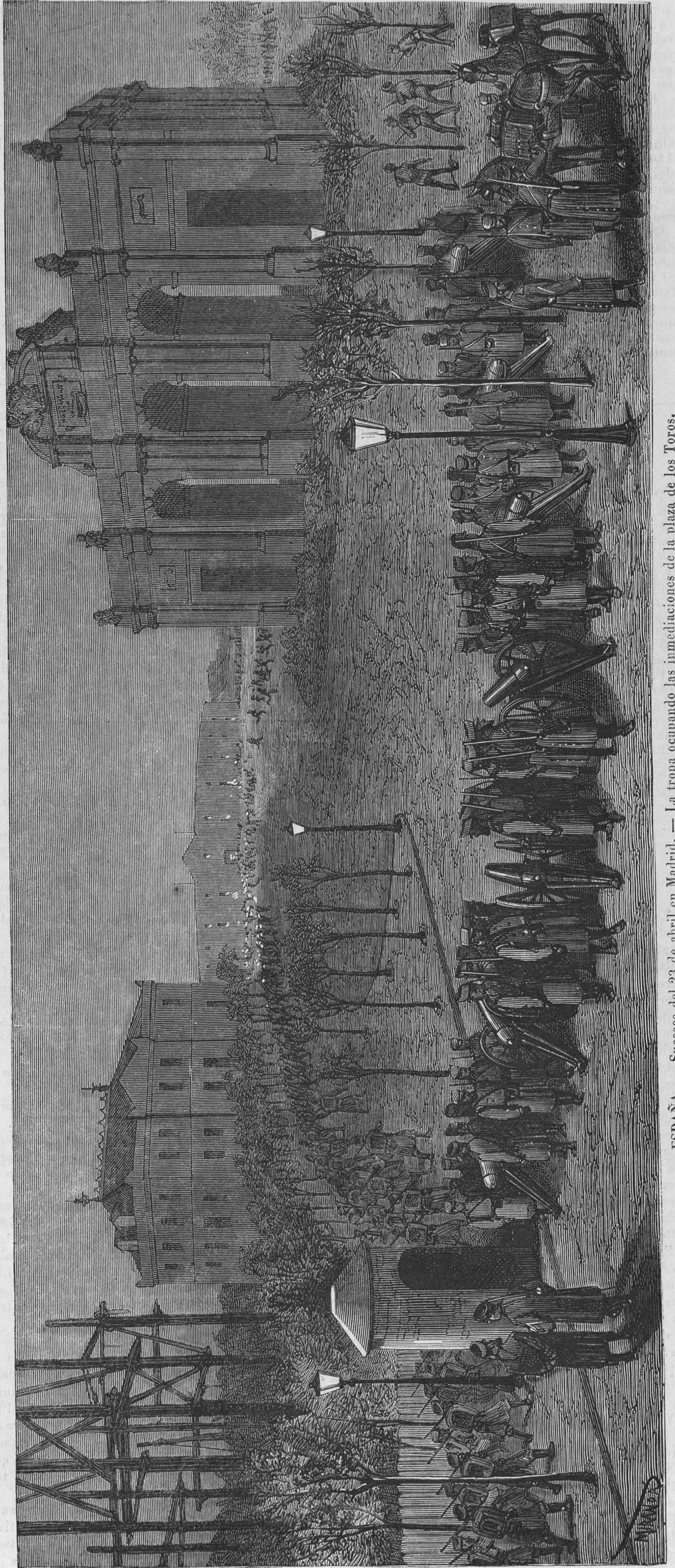


P. Blanchard

EXPEDICION AL ATSCHIN. — Ataque del Kraton (residencia del sultan), por el ejército neerlandés.



ESPAÑA. — Sucesos del 23 de abril en Madrid. — El brigadier Carmona arengando á los insurrectos en la plaza de los Toros.



ESPAÑA. — Sucesos del 23 de abril en Madrid. — La tropa ocupando las inmediaciones de la plaza de los Toros.

La prensa inglesa particularmente se muestra inexorable; siguiendo su costumbre de abrumar con reconvencciones cuando cualquier empresa no ha tenido buen éxito: conducta muy fácil de seguir; y que por lo menos prueba que tienen poca memoria, pues de lo contrario hubieran debido recordar algunas insurrecciones que estallaron en las Indias inglesas en una época no muy lejana.

La Francia, por el contrario, ha mostrado á la Neerlanda la mas generosa simpatia; y no solamente hoy se lamenta del descalabro que ha sufrido la Holanda, sino que antes ha rehusado conceder al sultan de Atschin el protectorado que habia pedido por conducto del cónsul francés en Singaporé; protectorado que hubiese sido fatal al prestigio neerlandés en las Indias.

¿Cuántas potencias se hubieran apresurado á conceder este protectorado!

Tal vez el temor de ver intervenir á una potencia europea obligó al gobierno colonial á obrar con esa precipitacion que tan fatales consecuencias ha traído. Si así fuese, este triste suceso, en lugar de ser una falta, debe considerarse como un acto hábil, porque es preferible que la Holanda haya sufrido una derrota que es fácil de reparar, que estar en la alternativa de sostener una guerra con una potencia europea, ó renunciar á sus posesiones de las Indias.

Sucesos de Madrid.

Publicamos en este número otros dos dibujos sobre los sucesos del 23 de abril en Madrid. Ya sabemos que los antiguos batallones de la guardia nacional que sostenian á la comision permanente en el golpe de Estado que meditaba contra el gobierno, se reunieron en la plaza de los Toros, convocados por el alcalde de Madrid, y mandados por el general Letona. Informado el gobierno, llamó al punto á los voluntarios de la República, y antes de que triunfara el gobierno, hubo una tentativa de conciliacion. El general Carmona habló á los insurrectos, que no quisieron oírle. Esta escena representa uno de los dibujos.

Preciso fué apelar á la fuerza, y esto fué lo que hizo enérgicamente, secundado por el ejército, el mismo general Carmona, comandante de la milicia. Los insurrectos cedieron y entregaron las armas, en tanto que el gobierno disolvía á la comision de permanencia.

R. S.

Revista de Paris.

Enrique Murger ha escrito uno de los libros mas apreciados y justamente aplaudidos de la literatura contemporánea. Puede decirse que esta ha sido la obra de su vida, tan accidentada, miserable y alegre, como la de los héroes que pone en escena en ese mundo de la Bohemia literaria y artística, al que perteneció desde su nacimiento hasta su muerte. Estamos lejos ya de los tiempos en que eran verdad tales escenas y tales personajes; y sin embargo, al verlos de nuevo noches pasadas en el teatro del Odeon, tales como fueron pintados por Enrique Murger, nos parecia que no habian envejecido. ¡Lo presente es tan triste! La juventud actual se halla tan distante de aquella generacion feliz y entusiasta, que no conocia la desmedida aficion que hoy existe á los goces materiales; se entregaba tan de lleno á sus ilusiones, llevaba una vida tan exenta de todo cuidado fuera del círculo en que encerraba sus aspiraciones, que verdaderamente queríamos creer que no han pasado los años y que los tipos de Schounard, de Marcelo y de Rodolfo, de Mimi y de Musette eran realidades vivas.

Es difícil introducir á un lector, que no sea parisiense, en ese mundo, no menos fantástico que el de Hoffmann; con la diferencia, no obstante, de que en la Bohemia el elemento fantástico se aplica exclusivamente á luchar con las necesidades mas apremiantes de la existencia. ¿Cómo se vivía en esta sociedad totalmente desprovista de recursos? Tal es el secreto que nos descubre Enrique Murger.

¿Cuántos dias era de rigor el ayuno en la cuaresma y fuera de la cuaresma! ¿Hubo jamás algun inquilino que pagase los alquileres de su guardilla al propietario?

Y á pesar de esto, la alegría era la regla comun; riendo improvisaban una mudanza clandestina, y aquella misma noche daban un baile en un patio, casi en la calle.

No hay para qué añadir que los amores abundaban.

Pero en este punto de la sociedad de la Bohemia, las risas se mezclaban á veces con las lágrimas.

En el dia, un jóven que hace treinta años habria figurado en la Bohemia de Enrique Murger, se dedica á los juegos de Bolsa y habla de centenares de miles de francos: los hay que se suicidan ó que emigran, lo cual es

mas comun, porque se hallan en apuros de uno ó dos millones.

En aquel otro tiempo, Schounard, el tipo mas consumado de la Bohemia militante, no habia logrado, á pesar de su inventiva, la cantidad de setenta y cinco francos que necesitaba para pagar los alquileres de tres meses vencidos á un casero implacable y feroz, otro tipo, que sea dicho entre paréntesis, no ha sufrido desde entonces variacion alguna.

No hay remedio, el infortunado Schounard, que cultivaba las dos artes liberales de la pintura y la música, tenia que levantar el campo.

Ahora bien, en este cruel apuro, su soberano consuelo era no desmentir el constante buen humor que caracterizaba á los de su clase.

Schounard se escapa á la madrugada de su casa, burlando con engaños la vigilancia del portero, y dirige la siguiente epistola á su propietario:

« La urbanidad que, segun la mitología, es la abuela de los finos modales, me pone en la precision de manifestaros que me hallo en la cruel necesidad de no poder seguir la costumbre de pagar el alquiler, sobre todo cuando está uno atrasado. Hasta esta mañana habia alimentado la esperanza de poder celebrar tan bello dia recogiendo los recibos... ¡Quimera, ilusion, ideal!... En tanto que dormitaba sobre el almohadon de la seguridad, la mala suerte (en griego ANANKÉ) dispersaba mis esperanzas. El dinero con que contaba (¡el comercio está perdido!) no ha llegado, y de las sumas considerables que debia cobrar, aun no han venido á mis manos mas de tres francos, que me han prestado y que no os ofrezco. Dias mejores lucirán para nuestra hermosa Francia y para mí, no lo dudeis, señor mío. Y en cuanto hayan lucido, compraré uno alas para ir á veros y para sacar de vuestra finca las preciosidades que dejo en ella, y que pongo bajo vuestra proteccion y la de la ley, que antes de un año os prohíbe su venta, en el caso en que quisierais intentarlo, para recobrar las sumas que os adeudo, como consta en el registro de mi probidad. Os recomiendo especialmente mi piano y el cuadro en donde se encuentran reunidos sesenta rizos de cabellos, cuyos diferentes colores recorren toda la escala de los matices capilares, y que han sido arrancados de la frente de las Gracias por el escalpelo del Amor.»

Schounard abandona pues, su guardilla en el sexto piso, un 8 de abril, una de las cuatro fechas fatales que tiene el año.

Pero el propietario, es decir, el ser mas informe y monstruoso de la creacion que conoce la Bohemia, no se halla al cabo de sus pesares.

Hé aquí el nuevo inquilino que acude á tomar posesion de la vivienda.

— ¿Dónde están vuestros muebles? pregunta con extrañeza el casero, no viendo mas que un biombo en derredor del recién llegado.

— Aquí están, responde el jóven desplegando las hojas del biombo y ofreciendo á la vista del propietario, atónito de asombro, un magnifico interior de palacio con columnas de jaspe, bajo-relieves y cuadros.

— Basta de broma, caballero, yo exijo muebles que respondan del pago de los alquileres.

— ¡Cómo! ¿Un palacio no os basta en garantía del alquiler de un desvan?

— No, señor, quiero muebles, muebles de caoba.

— ¡Ay! amigo, ni el oro ni la caoba hacen feliz al hombre, ha dicho un autor antiguo...

— Pero en fin, teneis muebles, sean como quieran.

— No señor, ocupan mucho puesto.

— Pero teneis una cama... Si no, ¿en qué descansais?

— Descanso en la Providencia, caballero.

Nos hallamos en presencia de un compañero de Schounard, otro artista, el pintor Marcelo, que aquella misma tarde se instala en la habitacion del fugitivo trasformada en palacio.

Este es el teatro principal en que aparecen los héroes de la *Vida de Bohemia*, y por esta introduccion podrá juzgar el lector las peripecias de su existencia.

Hemos dicho que hay tambien lágrimas en esta risa tan continua como pintoresca, y con efecto, Mimi, nacida para el dolor, como Musette, para los placeres, es una creacion verdaderamente conmovedora y altamente interesante en su poesia.

Su fin es un poema.

La existencia de Musette, que como ella ha abandonado los amores del corazón por el lujo y las vanidades que desarrollan en Paris estas tristes mujeres, produce en Mimi un hastío insuperable y hasta el horror de sí misma.

De repente abandona esos oropeles y corre á la miserable vivienda que sirve de albergue á su amante abandonado Rodolfo, justamente en el momento en que Rodolfo, con su amigo Marcelo, comienzan á sentir el vacío de una vida tan agitada y tan estéril.

— Sí, exclama con amargura Marcelo, el antiguo amante de Musette, es preciso romper este cautiverio donde aniquilamos nuestras fuerzas en una esclavitud afrentosa y ridícula. Acábense los tiempos de nuestra juventud, si no queremos justificar el desprecio que se nos tiene. No

podemos continuar viviendo fuera de la sociedad; además que esto no es vivir. Nuestra decantada independencia, es una mentira: el primer imbécil á quien nos dirigimos se venga de nuestras burlas y se convierte en nuestro soberano el dia en que le pedimos prestados cinco francos, que nos arroja despues que nos ha hecho gastar por cien escudos de humildad ó de astucia. No creamos mas tiempo que la poesia solo existe en el desorden: no basta ponerse un paletó de verano en diciembre para tener talento. Hay que entrar en la vida comun, cuanto antes ya, hartos años llevamos pasados en la Bohemia.

Rodolfo comprende que su amigo Marcelo tiene razon, y para inaugurar su rompimiento con el pasado, arrojan al fuego sus recuerdos de amor: ¡adios Mimi, adios Musette!

En este instante aparece Mimi, transida de frio y de hambre, casi cadavérica.

La vida la abandona en efecto.

Su amante apenas la reconoce, tales son los estragos que ha hecho en ella la terrible enfermedad, cuya agonía puede decirse que principia en aquella hora terrible.

Pero Rodolfo, al verla, siente reanimarse en su corazón el amor que jamás ha salido de él completamente.

¿Qué hacer para salvarla?

La miseria, la mas honda miseria reina siempre entre aquella coleccion de amigos que comen de milagro, y que se albergan donde pueden.

Es preciso llevar á la enferma al hospital, cuyas salas están calientes y donde se tiene alimento.

La pobre Mimi casi se alegra con esta perspectiva, tanto mas cuanto el amor de Rodolfo la infunde el deseo de sanar y vivir para corresponder á su cariño.

— Ahora que me he reconciliado contigo y que podemos ser dichosos, yo sanaré, Rodolfo, porque sabré defenderme de la muerte... Dame el espejo, me parece que tengo otra vez mis antiguos colores...

Esta alegría casi póstuma, dice el autor, impresionaba horrorosamente á Rodolfo y á Marcelo que veian ya pintadas en las facciones de la jóven las indelebles señales de su fin próximo.

Con efecto, veinte y cuatro horas despues, Rodolfo recibia de su amigo el interno del hospital adonde habian llevado á Mimi, el siguiente billete:

« Amigo mio: tengo que darte una mala noticia: el número 8 ha muerto. Esta mañana al hacer la visita, he encontrado su cama desocupada.»

La escena de la agonía en el mísero cuarto de Rodolfo, que precede á la muerte solitaria en el lecho de un hospital, ha conmovido durante largos años á los innumerables lectores de la obra de Murger, no menos que al público que la presenciaba en accion en los teatros parisienses.

Desgraciadamente, la actriz encargada de este papel en el Odeon, no es hoy Mlle Thuillier; carece de la ternura comunicativa que se necesita para expresar ese dolor supremo en el instante de la muerte, que quiere hacerse ilusion á sí mismo sin lograr engañarse, y sobre todo, sin engañar al objeto de ese delirio imponderable.

Sin embargo, á vuelta de esto debemos decir tambien que en los primeros actos Mlle Broizat, que así se llama la actriz á quien nos referimos, realiza de todo punto la admirable creacion de Enrique Murger.

Mlle Leblanc desempeña con mas igualdad el papel de Musette, y los de Rodolfo, Marcelo, Schounard y Colline han encontrado intérpretes excelentes.

Del Odeon pasaremos á la Grande Opera donde hemos tenido en la última semana una novedad coreográfica, *Gretna-Green*, baile en un acto de M. C. Nutter y L. Merante, música de M. Guiraud.

Conocida es la fama de Gretna-Green, pobre aldea de Escocia, donde un herrero, con solo un martillazo en un yunque, enlaza en santo matrimonio legalmente, á todas cuantas parejas se presentan.

Este privilegio singular ha hecho la fortuna de la aldea. ¿Qué de enamorados escapados de Londres han acudido al herrero de Gretna-Green en solicitud del martillazo conyugal que en menos de un instante les hacia dichosos!

Advertiremos, para los que pudieran ignorarlo, que en Escocia bastaba el consentimiento de los novios para que se efectuase el enlace: con tres testigos que asistieran al juramento, no habia mas que pedir, los amantes estaban casados.

Pero Gretna-Green se encuentra en la frontera, y esta proximidad ha hecho su fama, porque facilitaba mucho el cumplimiento de la ceremonia.

Era un paseo, al cabo del cual, dos novios que no podian vencer la obstinacion de sus padres, se encontraban casados.

Sin embargo, tambien diremos que casi siempre estos matrimonios solicitaban la confirmacion de la ley inglesa.

En el dia, el herrero de Gretna-Green trabaja mucho menos como casamentero, porque se han puesto muchas trabas á su singular profesion; pero de todos modos, el minimum alcanza á cien casamientos anuales.

Nada mas propio para un argumento de pantomima ó baile.

El teatro representa la escena que reproduce nuestro dibujo de la página 365.

Hé ahí al herrero Toby en el momento de dar el martillazo.

¡Pobre padre! Esta vez el golpe que pega en el yunque resuena en sus entrañas dolorosamente.

Con efecto, su hija Pretty anda en amorios con un joven cazador llamado Williams, y Toby no quiere en manera alguna dar su consentimiento.

Pero ¿qué hacen los jóvenes?

Poco antes han llegado á casarse sir Edwards y miss Angélica, y en el momento de acercarse al yunque Angélica, retrocede, porque no quiere ser la primera que pida el matrimonio, y es costumbre á que no puede faltar.

No hay martillazo pues; sin embargo, pasado un rato vuelven á solicitar los buenos oficios del herrero otros dos novios.

¿Quiénes son? Parecen sir Edwards y miss Angélica, aunque se ocultan el rostro, Toby da el martillazo: acaba de casar á su hija Pretty con Williams, ambos disfrazados.

La fábula es entretenida y da margen á escenas pintorescas y animadas; pero la música es de escaso valor, fría y monótona. Afortunadamente, la gracia de Mlle Beaugrand compensa este defecto, y luego el espectáculo es, como de costumbre en la Opera, muy notable.

MARIANO URRABIETA.

Poesías.

EL AMOR DE LA MUJER.

Dulce cual la luz del alba
Que en el cielo hermosa asoma,
Grato cual el suave aroma
De las flores del Eden;
Tal mi espíritu concibe
En arcanos insondables,
Y entre encantos inefables,
El amor de la mujer.

Cuando formó Dios al hombre
En el paraíso hermoso,
No se creyó venturoso
Siendo de lo creado rey;
¿Qué faltaba á su contento
En medio de sus delicias?
De su Eva las caricias,
El amor de la mujer.

¿Quién engalana de flores
La existencia por do quiera?
¿Quien en dicha verdadera
El dolor cambia también?
¿Y quién impresa en el mundo
Con hermosas ilusiones
En todos los corazones?
El amor de la mujer.

¿Por qué el poeta sublime
En sus cantos inmortales
Forma mundos ideales
En su acalorada sien?
¿Quién le dicta las estrofas
Con que afanoso delira?
¿Qué desea? ¿quién le inspira?
El amor de la mujer.

Al sabio, rey de la ciencia,
Que obtiene honores y gloria,
Y que consigna en la historia
Su nombre mas de una vez,
¿Quién le hace olvidar sus triunfos?
¿Quién le hace exponer su fama?
La sonrisa de una dama,
El amor de la mujer.

Al guerrador valeroso
Que soberbio en la batalla,
Cuando ante él la muerte estalla
Nada siente, nada ve,
¿Quién su altivez ha humillado?
¿Quién suavizó su fiereza?
El rostro de una belleza,
El amor de la mujer.

¿Quién en bacanal sangrienta
Ha tornado las naciones?
¿Quién los cetros y blasones
Vió con desprecio á sus piés?
¿Quién en niño cambia al hombre,
En humilde al orgulloso
Y en necio al mas pretencioso?
El amor de la mujer.

¿Quién endulza los rigores
Que circundan mi existencia,
Y con balsámica esencia
Halaga mi ardida sien?
¿Quién hace correr mi vida
De perfumes embriagada?
Los ojos de mi adorada,
El amor de la mujer.

SEGUIDILLAS.

Eres, preciosa niña,
Angel del cielo,
Que viniste á este mundo
Para consuelo.
A tu hermosura
Se auna en tí la gracia
Y la ternura.

Bella y feliz ostentas
Suave sonrisa,
Pura como del alba
La blanda brisa.
Tu dulce acento
Es suspiro que anuncia
Gloria y contento.

Las luces que derraman
Tus lindos ojos,
A la luz de los cielos
Le causa enojos:
Tu gallardía
El clavel mas lozano
Envidiaria.

Los bellos pensamientos
Que tu alma alcanza
Son puros como el sueño
De la esperanza.
Tu faz hermosa
Es como la azucena,
Como la rosa.

Feliz por quien tu pecho
Lata de amores
Y á tu lado contemple
Tantos primores.
Feliz se crea
Quien aspire el ambiente
Que te rodea.

Ninguna pena aflija
Tus bellos dias,
Solo te brinde el mundo
Sus alegrías.
Goza en tu encanto
Sin que jamás derrames
Acerbo llanto.

Que la estrella que alumbra
Tu hermosa senda
Vierta siempre brillante
Su pura ofrenda.
Y en sus albores
Nube ninguna eclipse
Sus resplandores.

Do quiera que tú mires
El bien te siga,
Tus dulces esperanzas
Que Dios bendiga.
El aire leve
A tu frente el encanto
Con tino lleve.

Aunque tú de las flores
Lo hermoso tienes,
Lazo de las mas bellas
Que ornén tus sienas,
Y que su esencia
Solicitas derramen
En tu presencia.

En tu grata hermosura
Yo bien me escudo,
Y sin temor te ofrezco
Mi canto rudo;
Y será bello
Si en él tus ojos vierten
Algun destello.

MANUEL ANTONIO HURTADO (CHILENO).

Bellas Artes.

EXPOSICION DE 1873 EN PARIS.

CUADROS REPRODUCIDOS EN ESTE NÚMERO.

El *Estío*, por M. Veyrassat. — Hace largas horas que el sol ha absorbido el rocío de la mañana, son las doce del día, y en el llano silencioso se oye á lo lejos el confuso zumbido de los calorosos dias del mes de julio. Los trigos altos y granados esperan al segador, y las espigas columpian blandamente al sol sus cabezas de oro, dejando brillar al través las mil florecillas silvestres de variados colores.

Las faenas cotidianas van á interrumpirse: ha llegado el momento del reposo, y el mozo de labranza lleva á la cuadra á los caballos cansados; mientras se vuelve, uno de ellos baja la cabeza y el otro se entretiene en mascullar las espigas que encuentra á la orilla del camino.

Pero ni el mancebo ni la moza que atraviesa por ese sitio prestan atención á los caballos, tan ocupados se hallan y tantas cosas tienen que decirse: no son las tiernas confidencias de la primavera, su conversacion es muy seria, parece que se trata de desposorios, y sin duda se conviene en los preparativos de la boda para despues de la cosecha.

Esta escena respira la calma de los campos bañados por los rayos de un sol de verano; la composicion es sencilla y exacta, y rara vez M. Veyrassat ha estado mejor inspirado.

Haydée, por M. Chaplin. — «La gasa blanca que ceñía su cinturón flotaba en su derredor como una nube diáfana en torno de la luna,» dice lord Byron en *Don Juan*. M. Chaplin nos presenta la heroína del poeta inglés popularizada por la Opera Cómica.

De edad de diez y siete años, la *Hada de la gruta* esparcía en su derredor una atmósfera de vida, y sus miradas parecían comunicar al aire mas suavidad. Tal es la prometida espesa de la naturaleza, como la llama Don Juan, la hija del amor, nacida en esos climas en que el sol ostenta una triple luz. ¡Con qué gracia sencilla su mano arregla su collar de perlas! ¡Cómo resplandece la blancura de su cútis bajo sus leves velos! ¡Qué bien adornan los rizos de su negra cabellera el óvalo de su rostro pensativo!

Al ver así pintada á la joven griega, se comprende la súbita pasión que sintió el náufrago por la que le habia recogido, y recuerda uno con emoción el interesante fin de la pobre Haydée, muerta de amor exhalandó su postrer suspiro al sonido del arpa de las Cícladas.

F.

BOLETIN

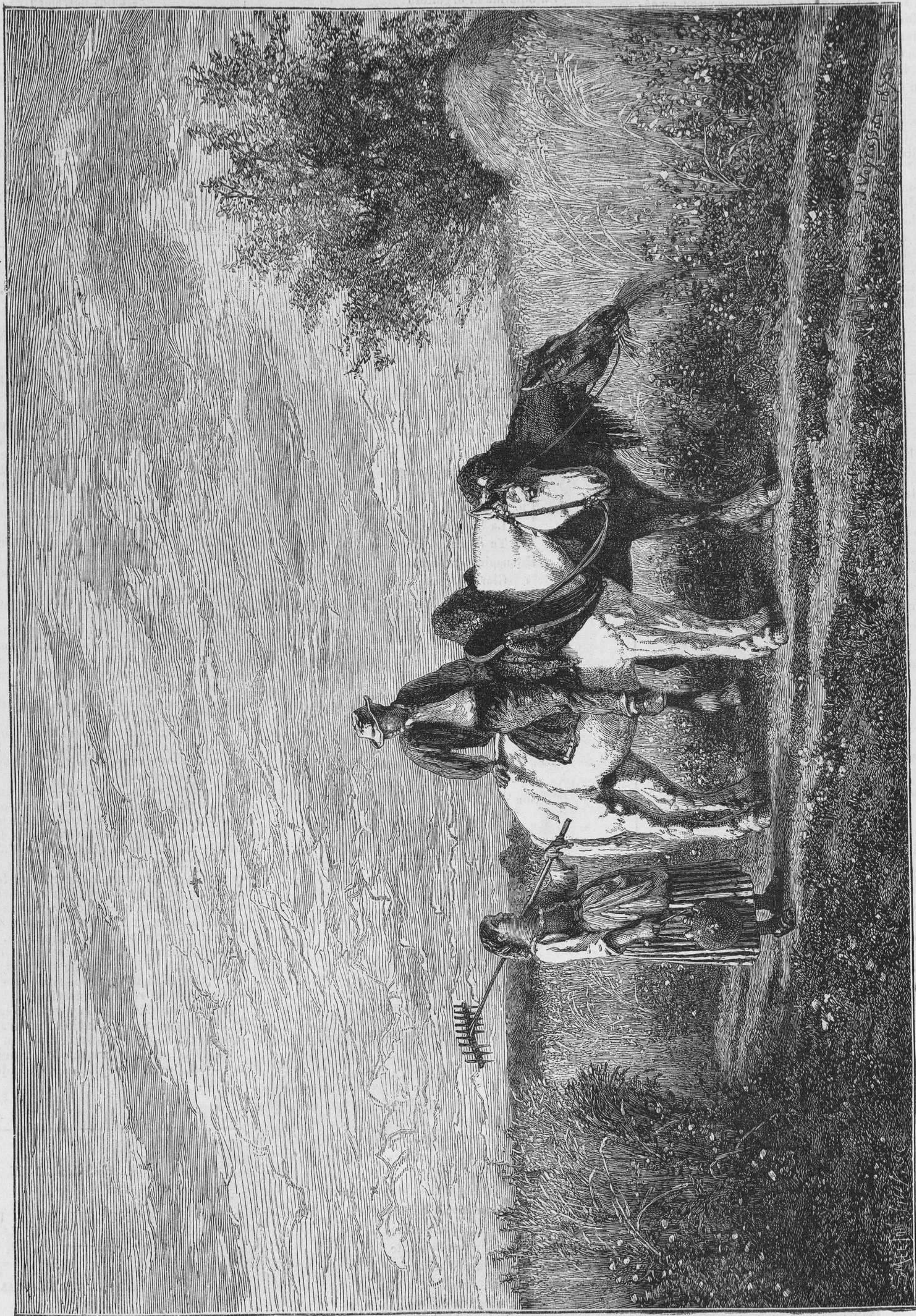
DE CONOCIMIENTOS ÚTILES.

JÚPITER Y SUS BANDAS.

No ignoramos que Júpiter es el planeta mas considerable y mas brillante que hasta hoy conocemos, del sistema solar, presentándose á nuestra vista bajo un bonito color blanco plateado. Este planeta es cerca de 1,400 veces tan grande como la tierra; pero como su densidad es casi igual á la del agua, que se calcula en cinco veces y media mas débil que la de la tierra, dedúcese de aquí que su peso es próximamente 254 veces el de nuestro globo.

Esta masa está á unos 280 millones de leguas del sol, cumpliendo al rededor de él su revolucion en do-

EXPOSICION DE 1873



EL ESTIO, por M. Veyrassat.

EXPOSICION DE 1873



HAYDÉE, por M. Chaplin.

ce años, ó sean 4,332 días y un poco mas de 12 horas, que equivale á una carrera de unas 365.714,000 leguas y que corresponden á mas de 47 millones de leguas por año; es una velocidad que apenas llega á 4/9 del movimiento de la tierra en su órbita. Por el contrario, Júpiter gira sobre sí mismo con mas rapidez que la tierra, pues apenas tarda diez horas en ejecutar su movimiento de rotacion. Sus ecuatoriales giran, pues, con una rapidez vertiginosa, porque sus noches y sus dias son de cinco horas. Además, Júpiter, teniendo solo una inclinacion de un grado, menos 18 minutos sobre la elíptica, el sol describe casi siempre al ecuador, de modo que los habitantes de él están siempre situados en el equinoccio, gozando relativamente de una perpétua primavera.

Si realmente existen jovianos, debe ser gente activa y animada, con esos dias que se suceden con tanta rapidez á las noches; y ante el espectáculo, tan agradable como variado, de ver la luna siempre en el horizonte.

Júpiter presenta todavía otra particularidad digna de notarse. Aquí las zonas no son simples expresiones astronómicas ó geográficas, sino que son visibles y se reducen á bandas oscuras paralelas al ecuador, que se descubre en su superficie con un buen antejo, particularmente en las regiones próximas á este gran círculo, que es lo que llamaban las *Bandas de Júpiter*. ¿A qué se reducen estas bandas? ¿Cuál es su naturaleza? ¿Qué es lo que las produce? Algunos dicen que son una aglomeracion de nubes arrastradas por el viento y trasportadas con diferente velocidad en una atmósfera muy agitada. Otros son de opinion contraria; y los mas prudentes continúan buscando y observando con la esperanza de encontrar, por fin, una solucion á este misterio.

M. Tacchini, del observatorio de Palermo, acaba de llamar la atencion del mundo astronómico sobre Júpiter.

Del resultado de sus observaciones, hechas á las doce de la noche del 28 de enero de este año, bajo una atmósfera pura y tranquila, y cuando este planeta aparecía en el horizonte á una grande altura, se deduce que no era el mismo que el de los años anteriores, porque ya no existia esa regularidad que en su estado normal presentaban sus bandas; pues las que habia eran menos numerosas que de ordinario. La superficie del planeta estaba siempre dividida por zonas bien marcadas, pero mas anchas y accidentadas. Hacia el ecuador era mas bien una inmensa mancha que una banda de color gris, notándose por encima y por debajo anchas bandas de un blanco subido y plateado sembrado de manchas negras; dos grandes bandas tambien grises, ocupaban por ambos lados del ecuador, las regiones que corresponden á las zonas templadas en nuestro globo; y despues, avanzando en las regiones polares, se encontraban todavía dos bandas blancas; y por último, los dos ejes polares estaban un poco cenicientos. Añade M. Tacchini, que comparando sus dibujos, ejecutados durante el año de 1872, con los de 1867 y 1871, se ve que Júpiter se encuentra en un período particular de actividad; que merece que los observadores que posean los instrumentos necesarios, estudien el espectro de este planeta durante este período variable.

* * *

ESTACIONES TELEGRÁFICAS EN EL OCEANO.

Se agita la idea en los Estados Unidos de establecer estaciones telegráficas en el Océano por medio de buques que, provistos de los hilos eléctricos, puedan comunicarse fácilmente con las estaciones telegráficas de las costas. Esta idea no es sin embargo nueva.

Años atrás la imaginó ya Sidney Morse, y propuso se estableciesen buques como estaciones telegráficas, comunicándose entre sí por medio de los hilos eléctricos.

El autor de esta idea exponia que, no estando agitadas las aguas á cierta profundidad ni por las tempestades ni por las corrientes, se sumergiesen grandes boyas de hierro sólidamente ancladas, sobre las cuales podia elevarse una torrecilla que resistiria los golpes de mar mas fácilmente que las torres fijas, como el faro de Eddystone. El trabajo de sumergirlas y conservarlas seria menos costoso en dificultades y en dispendios que la submersion del cable trasatlántico.

Dicho se está que estas torrecillas servirian de postes telegráficos.

Las ventajas que reportaria esta facilidad de comunicarse son incalculables. Además, podrian advertir á los buques de paso los próximos cambios de viento y de temperatura, marcarian su latitud y longitud en el mar, y podrian servir de refugio provisional á los marineros naufragados.

La posibilidad de anclar las boyas sumergidas es un problema resuelto sin dificultad; pero hay una objecion que solo la experiencia puede resolver, y es esta: Las torrecillas sobrepuestas á las boyas, ¿podrian resistir la accion de los vientos y de las ondas?

* * *

LAS ROCAS DE CORAL.

En la sesion del Instituto real de Inglaterra, de 14

de marzo, el profesor Allman ha dado principio á su curso con la descripcion del anémoma de mar y de su estructura. La anémoma es un saco carnosos que se adhiere por una de sus extremidades á la roca, y lleva una corona de tentáculo; además posee otro saco que se abre en la cabida del cuerpo, y que constituye un verdadero estómago en comunicacion con el mar. Estos son los caracteres que distinguen á la coelenterata. La anémoma de mar queda durante toda su vida como un animal carnosos y blando. Los animales que se les asemeja y que forman el coral, extraen del mar el carbonato de sal y le depositan en sus tejidos, petrificándose gradualmente, á excepcion de sus tentáculos y de su estómago. Desde que las partes blandas son arrastradas por el agua del mar, queda una forma calcárea, que es el coral, propiamente dicho. Estos animales forman yemas (pólipos) como una planta, y por consiguiente muy pronto componen una colonia. Así que, cuando estas yemas están muy cerca unas de otras, forman ramas de coral, como los astreas y los deudrofis, y constituyen los escollos y las islas de coral. El coral rojo del comercio no forma escollos.

Estos animales habitan en los mares próximos al ecuador, bajo una brillante atmósfera, y su region se extiende próximamente á 30 grados al Sur y al Norte del ecuador; la temperatura media jamás llega á 60 grados Parenheit.

Las diversas formas que toma el coral pueden dividirse en lagunas, arrecifes en forma de barrera, y arrecifes en forma de franja. La laguna es el tipo de la isla, y constituye una corona circular de coral, elevándose sobre el Océano, y está generalmente cubierta de una rica vegetacion tropical, interrumpida á intervalos, segun puede observarse en el archipiélago de los Maldivas. El arrecife formando barrera es una cadena de coral que corre paralelamente á las costas de un continente ó de una isla, y encerrando entre esta y la tierra firme un canal de aguas profundas y tranquilas; y el arrecife en franjas es mas pequeño y apenas está separado de la costa por un canal.

Segun las observaciones hechas por Darwin, estos animales no pueden vivir á profundidades ilimitadas, que desean mas la superficie, en donde las aguas están mas agitadas y expuestos al aire, á la luz y al calor del sol de los trópicos; y por último, que no pueden vivir á mayor profundidad que á veinte ó treinta brazas, sin que jamás haya existido ningun cráter volcánico cuyo diámetro se aproxime al de la mayor parte de las lagunas de coral.

El profesor Allman, despues de haber señalado los grandes cambios geológicos que se han observado en diferentes partes del globo, describe el modo que los animales que producen el coral ejecutan sus trabajos. Despues de estar unidos á una montaña de rocas que tiene su base en el fondo del mar, edifican desde arriba abajo, hasta que hayan alcanzado, por una parte, los limites de la profundidad, hasta donde pueden trabajar, y por otra la superficie del mar. Formada así la isla, se hunde poco á poco; pero los infatigables obreros continúan sus trabajos y la van ensanchando. Entre tanto el arrecife va aumentando, aun cuando las olas le batan en brecha continuamente y reduzcan el coral á la mas menuda arena y cieno. Sobre este suelo y sus descompuestos fragmentos las plantas terrestres echan sus raíces.

* * *

LOS TORPEDOS.

En un informe dirigido al Congreso de los Estados Unidos por el secretario de la marina federal, se trata de demostrar que el arma menos costosa y á la vez mas eficaz es el torpedo, que fué inventado por Pulton, y que hoy ha venido á ser una gran necesidad en el material naval.

Hasta que la ciencia no encuentre un medio de poner los buques al abrigo de los torpedos, debe generalizarse su aplicacion, particularmente en aquellos países que por la gran extension de sus costas no cuenten con una escuadra bastante poderosa para defenderlas. Así vemos como la Inglaterra, la Alemania, el Austria, y hasta la China, se ocupan en la construccion y empleo de los torpedos.

Además, esta máquina de guerra es la mas eficaz y la menos costosa para las naciones pobres, y al mismo tiempo es irresistible contra las naciones poderosas y las mas preparadas para la guerra.

En la de secesion que sostuvo los Estados Unidos, se vieron obligados á emplear continuamente toda clase de medios para evitarlos ó extraer de las aguas, flotillas flotantes, empleando todos los fondos que existian en los puertos del Sur, para retirar los torpedos ó hacerles estallar á distancias convenientes.

Si bien esta máquina de guerra ha sufrido grandes mejoras, necesita aun nuevos estudios y experiencias para reunir en una sola mano los medios de ataque y de defensa.

Añade el secretario federal de la marina de los Estados Unidos que si esta parte del material naval está todavía en la infancia, pertenece á esta nacion el favorecer el conocimiento de un arma que tan bien se adapta á su situacion.

Con este objeto su marina ha construido un barco-torpedo, que actualmente se halla en Newport, y que, casi sumergido, avanza, retrocede ó se detiene á voluntad del operador, que obra sobre él por medio de

una tecla eléctrica que corresponde á una bobina metálica en comunicacion con el buque, llevando á su bordo 500 libras de pólvora explosiva, que se inflama al contacto del enemigo.

* * *

LA HORA EN LOS ANTIPODAS.

Hallamos en *el Times* un cuadro que indica cuál es la hora en Puerto-Adelaida (Nueva Gales del Sur-Australia), situado á 43 grados del 180º meridiano de Paris y á 35 grados al Sur del Ecuador, cuando son las doce del dia en las ciudades indicadas en este cuadro, de gran utilidad para determinar el tiempo exacto de la trasmision de telégramas que llegan á Europa por la linea australiana.

La primera cifra indica las horas, la segunda los minutos y la tercera los segundos.

	Horas en Puerto-Adelaida. Noche.		
Las 12 del dia en Lisboa.	9	51	0
— Dublin.	9	39	0
— Gibraltar.	9	35	48
— Falmouth.	9	34	29
— Madrid.	9	29	12
— Edimburgo.	9	27	4
— Lóndres.	9	14	44
— Paris.	9	5	0
— Berna.	8	44	36
— Christiania.	8	31	9
— Roma.	8	22	24
— Berlin.	8	20	48
— Malta.	8	16	16
— Nápoles.	8	10	20
— Viena.	8	8	48
— Baden.	7	58	12
— Stokolmo.	7	52	8
— Constantinopla.	7	48	24
— Alejandria.	7	14	52
— San Petersburgo.	7	12	36
— Suez.	7	4	8
— Aden.	6	14	0
— Bombay.	4	22	30
— Colombo.	3	54	48
— Madras.	3	53	24
— Calcuta.	3	20	48
— Moulmein.	2	43	56
— Penang.	2	34	4
— Bangkok.	2	32	32
— Singapore.	2	18	56
— Batavia.	2	7	40
— Shanghai.	1	8	32
— Nagasaki.	0	34	32
— Port-Darwin.	0	30	20
	Dia siguiente. Mañana.		
— Nueva York.	2	12	4
— San Francisco.	4	59	0

* * *

VIAJE DE EXPLORACION EN LA PARTE ORIENTAL DEL TIBET.

Un misionero francés, M. Desgodins, acaba de dirigir á la Sociedad de geografia nuevas observaciones sobre las cercanias de Batana y de Yerkalo, en la parte alta del Lan Tsang Kiang. Este rio es de una corriente profunda, y tiene de ancho 70 metros en una region, cuya altura es casi el décuplo del de las poblaciones mas elevadas de Francia. Las exploraciones se efectuaron sobre los mismos confines del Tibet y de la provincia china del Yun-nan. M. Desgodins acompaña observaciones meteorológicas, termométricas y determinaciones de posiciones de los lugares, estableciendo tambien un vocabulario de las palabras mas usadas en muchas lenguas de las tribus tibetinas que habitan sobre los confines de la China, y trazando un itinerario de Yerkalo (Tibet) á Bartang (China), en donde durante cinco años de viaje observó diferentes veces las indicaciones del barómetro y del termómetro. La Sociedad, en vista de estas observaciones, ha decidido remitir un contador al activo explorador, para que proceda á determinar mas exactamente las longitudes. Las últimas observaciones de M. Desgodins tratan de la flora y de la faunia, y de las regiones en que reside, terminando su trabajo con algunas nuevas determinaciones sobre las alturas.

De la miseria antigua y moderna.

(Continuacion. — Véase el N° 1,062).

Además todo eso ocurría en unos momentos en que perentorias necesidades obligaban á dar el título de ciudadano romano á todos los pueblos del imperio; era en un momento en que se distribuía á los habitantes privilegiados de la Ciudad Eterna raciones de pan que habian costado el sudor del mundo entero, y era en un momento en que se distribuían los derechos

políticos á los aliados ó á los tributarios á fin de mantenerles en la obediencia con la sombra de participar al podrido romano; era en el momento que se les imponía la obligación de alimentar la metrópoli, y que las exigencias del fisco sumían en la miseria á los países mas fértiles del Asia y del Africa.

Cuando Roma se vió condenada á la paz por haber concluido de conquistar todas las naciones, y cuando ya no pudo sacar nada de las provincias presuradas, agotadas y que presentaban un aspecto amenazador, entonces los emperadores anteriores á Constantino hicieron á la verdad serios esfuerzos para sacar al trabajo del desprecio en que le habia puesto la república, y en virtud de su gran poder trataron de arreglarle y darle una base.

Con ese objeto quisieron organizar y conceder ciertas franquicias á los obreros haciendo obligatorio el trabajo; pero esa primera tentativa de organizacion del trabajo, que era la primera aplicacion que hacian los Césares de una doctrina que ha seguido hasta nuestros dias, esa constitucion imperial del trabajo fué estéril, al menos en sus resultados prácticos; pues hallándose reducida la industria romana á las necesidades de familia y de ciudad, y la falta de cambios comerciales con los demás pueblos, hicieron estériles sus fuerzas productoras.

La conquista habia dado á Roma todo el oro del antiguo mundo; así como las minas de sus colonias dieran á la colosal España todo el oro del nuevo mundo; pero la miseria y la nulidad política fueron el resultado que produjeron en Roma tanto botín y tantas riquezas. De ahí dimanaron esas convulsiones que produjeron la ruina del imperio y esa complicidad de los ciudadanos con los bárbaros, de quienes no tenían nada mas espantoso que esperar que el hambre que allí padecían; y de ahí nacieron esos proyectos de emigracion en masa y esas tentativas de los emperadores para establecer la capital del imperio tan pronto en Asia y tan pronto en Africa, tentativas que llegó á realizar Constantino, no salvando el imperio romano, sino quitándole la cabeza.

Por lo que se ve, el derecho á la asistencia, presentado en nuestros dias como una cosa nueva, y la cotización para los pobres, que ha llegado á ser el régimen económico normal de la Europa no católica, jamás, digo, recibieron una aplicacion mas colosal que en esa ciudad, que no vivía al pié de la letra sino de la *esportula* y de la *anona*. Ese régimen no era peculiar á la sociedad romana, pues tambien habia sido el de todo el mundo pagano.

El trabajo no estaba reputado como menos vil en las repúblicas helénicas que lo estaba en Roma, y la esclavitud no estaba fundada en una creencia menos firme y menos universal. La separacion absoluta de los hombres por razon de su origen y su division por castas se presenta en Grecia en una proporcion espantosa. Fuera del estado de la esclavitud doméstica propiamente dicha, las razas soberanas y las que estaban sujetas habitaban juntas sin poderse unir nunca. A las unas incumbía la mision reputada como abyecta de regar el suelo con su sudor, y á los otros incumbía la carrera militar y la magistratura. El ciudadano de Esparta, de Atenas ó de Corinto, alimentado por el Estado á costa del dominio público, consideraba el tesoro de la república como su bien particular, pues los que pensaban de otro modo eran algunos ricos, quienes agotaban su fortuna por las liberalidades que exigian las instituciones democráticas.

Cada ciudadano tenia derecho á su salario pagado por la república; los oradores estaban pagados por hablar, y los auditores lo estaban tambien por ir á oírlos. No habia un acto de la vida pública que no fuese tarifado; cada miembro del Senado recibía su dracma diariamente por derecho de presencia, y cada uno de los seis mil jueces recibía tres óbolos. En Atenas se vivía de los derechos políticos como en Roma, y ese régimen es en el fondo el último resultado del sistema democrático tal como lo comprende hoy día la escuela pagana que sobrevive entre nosotros al paganismo aniquilado. Generalizado así el salario era pues una verdadera tarifa de los pobres: el pueblo de Atenas, como el de Roma, no tan solo fué alimentado, sino que fué divertido á expensas del Estado, pues todos los escritores afirman que ese régimen ocasionó al mismo tiempo la ruina de la república que perdió en ello sus riquezas, y la indigencia universal salida de la prensa y de la sed inextinguible de los placeres.

Los principios de economía política que prevalecieron en las sociedades antiguas son la expresion y el resumen de toda su civilizacion, pues la esclavitud, el derecho de la ociosidad, etc., llevando en pos de sí el derecho á la asistencia, y aumentando en el Estado el abismo de la miseria por su intervencion al intentar hacerla desaparecer, resultaron de ahí otras tantas creencias profesadas en los tiempos anteriores á la era cristiana. Los hombres nacieron en las sociedades paganas en un estado de hostilidad natural, de modo que el sistema de Hables que nos repugna hoy como una monstruosidad, no es otra cosa en el fondo que un anacronismo.

El nacer espartano ó ilota, patricio ó plebeyo, esclavo ó señor, rico ó pobre, no eran allí otra cosa que unas ciegas fatalidades de la suerte, y unos insondables misterios sin resolucion mas allá del sepulcro como aquí abajo. La desgracia no daba ningun derecho al infortunado y no oponía ningun deber al hombre feliz. Si el Estado se veía en el caso de aliviar padecimientos intolerables, eso era únicamente porque el

exceso mismo del infortunio amenazaba su seguridad. En esos actos la Providencia social se hallaba exclusivamente determinada por motivos de seguridad política, pues la caridad no ocupaba lugar alguno en la legislación, así como tampoco la ocupaba en las lenguas paganas.

II.

Tal era el estado del mundo cuando el cristianismo le renovó completamente. La nueva religion no atacó ninguna institucion existente, y sus discipulos ni huyeron de las cadenas de la esclavitud ni de la espada de los emperadores; pero asignando á la vida otro objeto enteramente diferente del que se le habia atribuido hasta entonces, esa religion dió otro curso al entendimiento humano, y ese movimiento general de ideas bastó para paralizar unas instituciones gangrenadas desde su origen. Un espíritu enteramente nuevo se presentó en la humanidad, y no tardaron en reflejar en las leyes milagrosas transformaciones operadas en las conciencias.

Así fué revelada la igualdad primordial de los seres que salieron de una misma sangre, rescatados por un mismo sacrificio, á todos aquellos pueblos á los que el derecho antiguo habia hecho enemigos naturales, y á las diferentes castas sociales separadas unas de otras con barreras inaccesibles; y así los hijos dispersos de Adán comprendieron por la primera vez que eran hermanos.

La religion cristiana estableció entre los hombres la union y armonía cuya existencia ni aun siquiera habian soñado. Al darles el cielo como su sola patria y trasformando el mundo en un lugar de destierro, esa religion pudo prescribir la resignacion á los pobres, imponer á los ricos el sacrificio, y hablar á la humanidad un lenguaje que nunca habia oído. La nueva fe hizo aun mucho mas que suprimir la pobreza, pues la presentó como una prueba bendita enviada por Dios á sus hijos elegidos; la nueva fe hizo mucho mas que atacar la riqueza, pues la presentó como uno de los mayores peligros, é hizo temblar á los ricos por su salvacion, descubriéndoles las obligaciones que les han sido impuestas para con los pobres. La nueva fe, sin atacar la desigualdad de condiciones y de fortunas, elevó al indigente hasta el rico, haciendo bajar al rico hasta el pobre, de modo que la pobreza fué tan deseada y la riqueza tan temible, que se vieron legiones de ricos y grandes y poderosos señores abandonar sus palacios dorados para vivir en el desierto, haciéndose los criados del indigente, y vistiéndose con la tosca ropa del desvalido.

Los mendigos y los esclavos, que habian sido mirados antes como la hez de las naciones, y sobre cuyas cabezas hacia pesar su yugo la sociedad pagana de un modo ignominioso, fueron trasfigurados á los ojos del mundo como el Cristo sobre el Tabor, llegando á ser el objeto mas amado de un Dios pobre como ellos.

La desigualdad de fortunas y condiciones, nacida de la desigual reparticion que ha hecho la naturaleza entre los hombres por su actitud y sus fuerzas, no podía menos de ser sancionada por el cristianismo como una ley social y como una necesidad providencial. El cristianismo reconoció á los hombres desiguales entre sí, dice M. Moreau, en cuanto á las cargas diversas que tienen que llevar, según la medida de sus fuerzas individuales; pero al mismo tiempo los proclamó iguales ante Dios en cuanto á la suma de recompensa común á que tiene derecho cada uno, según la desigualdad relativa de los esfuerzos individuales en el trabajo de todos.

Así fué que la desigualdad de condiciones sociales en el mundo se convirtió, bajo el imperio del cristianismo, en una homogeneidad de funciones en la obra de Dios. Hay diversas gracias, dice san Pablo, pero no hay mas que un solo espíritu; hay facultades diversas, pero no hay mas que un solo Señor; hay destinos diversos, pero siempre es el mismo Dios que consume la misma obra en todos. A cada uno es dado un don diferente del espíritu en favor de la utilidad de todos.

La riqueza y la pobreza son tambien dos funciones sociales perfectamente iguales entre sí á los ojos de Dios. La armonía social y la armonía religiosa, la felicidad humana como la salvacion eterna, resultan del cumplimiento perfecto de esas reciprocas obligaciones. Dios quiere, dice san Agustin, que llevemos la carga unos de otros: la del pobre es la miseria, y la del rico la riqueza.

La mancomunidad del rico y del pobre es la base del nuevo orden social, así como la identificacion del mismo pobre con Jesucristo llegó á ser la base del nuevo orden religioso. ¡Desgraciado pues del rico si no socorre al pobre! ¡Desgraciado del pobre si trata de hacer daño á la propiedad del rico! La carga del pobre consiste en no tener lo que necesita, y la del rico consiste en tener mas de lo que es necesario. Dios ha puesto, dice Aguesseau, lo necesario del pobre entre las manos del rico; pero solo se halla en su poder para salir de allí, de modo que no puede guardarlo sin cometer una injusticia que hiere las leyes de la Providencia. Un Dios tan justo no ha podido poner esa diferencia entre unos seres iguales, sino para unirlos aun mas por esa misma desigualdad.

Vemos pues que en la doctrina cristiana todo toma un aspecto nuevo: los dones de la naturaleza y las ventajas de la fortuna continúan hallándose desigual-

mente repartidos; pero ya no hay pobre ni rico, ni amo ni esclavo en el sentido antiguo de la palabra, porque su condicion impone al uno obligaciones tan sumamente estrechas para con el otro, que si llega á trasformar su fortuna en un instrumento de goces personales, pierde su alma por toda la eternidad, al paso que si el otro lleva con resignacion el peso de sus trabajos pasajeros, reúne así un tesoro inagotable de dicha y felicidad.

El orden exterior de la sociedad política queda el mismo; pero todas las ideas se confunden, la lengua se trastorna, la riqueza llega á ser pobreza y esta llega á ser riqueza como nos lo dicen aquellas palabras sagradas: « ¡Desgraciados de los ricos! ¡bienaventurados los pobres! » El eco de esta palabra ha sido tal en los primeros años del cristianismo, que la condicion de aquel que carece de todo se presentaba como mucho mas apetecible que la del rico y la del potentado. Los terribles *væ* dirigidos á los ricos resonaban con tal fuerza en las conciencias y promovían tal terror, que se renunciaban esas ventajas temporales, cuya posesion hacia muy incierta y difícil la salvacion. Muchos de los santos Padres de la Iglesia, y entre ellos san Gerónimo y san Basilio, dando mayor latitud al sentido de la parábola del camello, y haciendo una prescripcion general del *vende quod habes*, como igualmente del *da cuncta pauperibus*, sostuvieron que era imposible cumplir debidamente los preceptos de la ley de gracia, si el hombre no se despojaba de todo, y si no se revestia de la pobreza como Cristo lo hizo con la cruz.

Esa aplicacion de las máximas del Evangelio era muy exagerada, pues la economía religiosa del cristianismo sufriría mucho si hubiese una igualdad de condicion, pues de ese modo ni los unos tendrían necesidad de paciencia, ni los otros de caridad. Por otra parte, el libro divino contiene en cada página la sancion formal del derecho de propiedad, y el consejo de que se aumente este por medio de una conducta prudente, una arreglada administracion, y sobre todo por un trabajo asiduo.

La rehabilitacion y la prescripcion del trabajo son unas de las leyes fundamentales del cristianismo. Le ha rehabilitado elevándole casi á la dignidad de la oracion y atribuyéndole una fuerza que repara los sudores del hombre y sus lágrimas, y le ha prescrito colocando la pereza en la clase de los pecados capitales; por consiguiente, la primera consecuencia del trabajo venerado desde un principio y garantido en sus frutos, es la constitucion de una sociedad fundada en la desigualdad de las fortunas y en el vuelo diverso de las facultades individuales.

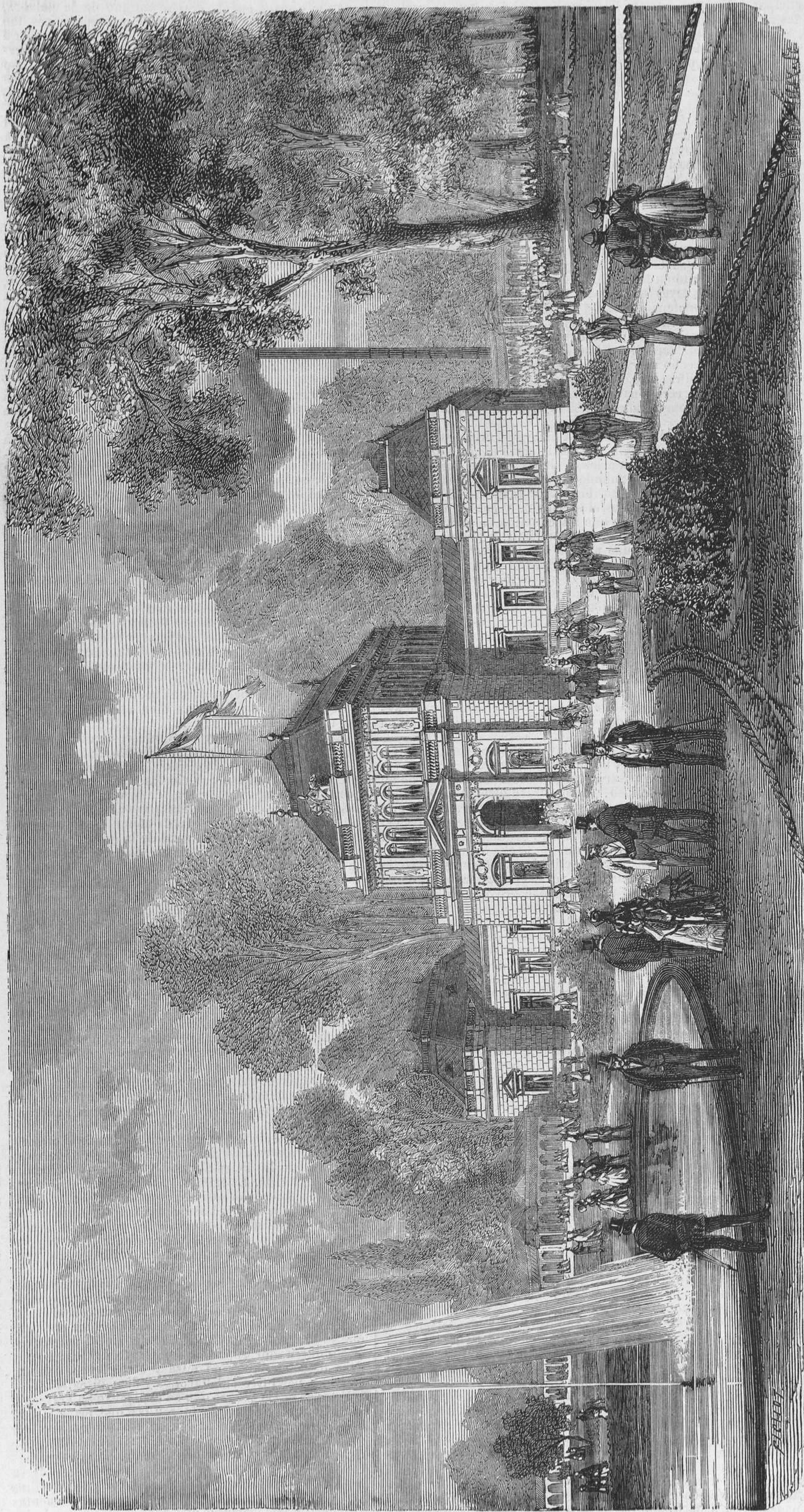
La vida monástica y conventual, considerada por algunos padres como el tipo obligado de la vida cristiana, era pues y debia quedar siendo una excepcion. Si Dios ha permitido que ciertos seres elegidos por él participasen mas en la tierra de la vida de los ángeles que de la de los hombres, y que ejerciesen aquí abajo un ministerio especial de abnegacion y de amor, esa obra no es la obra normal de la humanidad, pues el cristianismo alaba la vida de eleccion sin aconsejarla á nadie, y la Iglesia, teñida aun de la sangre de los mártires, y ocultándose en las catacumbas, conservaba, no obstante, las generosas inspiraciones que se veían, el doble carácter que pensaba inculcar á la sociedad en el porvenir, es decir, la libertad bajo una autoridad, y la variedad en la unidad.

Es de advertir que hasta la misma vida de los cristianos en tiempo de las sangrientas persecuciones, estaba ya perfectamente acorde con este principio. Si existía entre ellos una especie de comunidad de hecho era espontánea y no implicaba ninguna abdicacion de parte de la voluntad individual, del espíritu de familia y de la vida doméstica. Si habia entre ellos pocos pobres, eso consistía en que los ricos daban en proporcion de los bienes que poseían; pero si la caridad de estos era abundante, no por eso era una caridad obligada, pues la Iglesia se limitaba á recordarles los preceptos del Divino Maestro, sin fijar en manera alguna la suma de sus liberalidades.

La Iglesia solo intervenía para distribuir el dinero, los donativos en especie y las ofrendas de toda clase que llevaban los fieles al altar, y esa intervencion era justa y paternal. La Iglesia, digo, centralizaba en sus manos todos esos donativos, concentraba en sí todas las obras de la caridad así como las aspiraciones de la fe, y ella misma distribuía á los pobres las limosnas de los ricos siguiendo un prudente sistema y valiéndose de medios que no pueden dejar de ser el modelo eterno de la caridad pública.

Los diáconos eran los que distribuían las limosnas, y eran los fieles administradores del bien temporal de los desvalidos, y ese bien se confundía con el de la misma Iglesia. El obispo velaba cuidadosamente para que se hiciese la distribucion con equidad, pues él era el administrador supremo del tesoro de los pobres. Esos diáconos, unos de misa y otros legos, estaban asistidos por otros subdiáconos y diaconisas.

Estas eran las viudas que se dedicaban enteramente al alivio de los pobres, y fueron las que principiaron desde el principio de la Iglesia esa exploracion del vasto reino del dolor confiado á la mujer cristiana por delegacion divina. La principal ocupacion de las diaconisas era la de visitar á todas las personas de su sexo que se hallaban en la necesidad de los auxilios de la Iglesia, y esas buenas almas daban sus cuentas al obispo y por orden de este á los clérigos que designaba. Varias de esas señoras formaban una especie de



EXPOSICION UNIVERSAL DE VIENA. — El pabellon del Jurado.

corporacion que era como el depósito adonde acudían los pobres. El tesoro se formaba del producto de las limosnas particulares, de las contribuciones y colectas, de los diezmos, de las ofrendas hechas durante el sacrificio de la misa, y en fin, de las riquezas territoriales de las iglesias.

Además de las limosnas ordinarias, cada cristiano contribuía en el tiempo que él mismo fijaba, y según la medida de sus facultades, con una contribucion que se recibía en la iglesia durante el servicio divino.

Esa contribucion, completamente voluntaria, consistía en muebles, provisiones, vestidos y dinero, pues al pobre todo le viene bien. De este modo cada cristiano llevaba á la iglesia lo que quería ofrecer á los pobres, y esas dádivas una vez recogidas por los diáconos, las depositaban en un local anexo á la iglesia, menos los frutos nuevos que se bendecían en el altar, y los panes, que eran tantos en ocasiones, que el altar estaba lleno.

No obstante que la limosna era enteramente voluntaria en su naturaleza, la Iglesia no por eso dejó de consagrar las primicias, los diezmos de los frutos de la tierra y del ganado á la subsistencia de los eclesiásticos y de los indigentes. Todas esas colectas y todas esas ofrendas unidas á las mandas, á los donativos y á los regalos con que dotaron las iglesias los emperadores cristianos y los ricos particulares, con una abundancia que explican el fervor de su fe y las inmensas fortunas del mundo romano, aumentaron después de la persecucion el tesoro de las iglesias, de bienes muebles y rentas que pasarían hoy por fabulosos si no tuviésemos las pruebas más auténticas de ello.

Luego que se dió la paz y la libertad á los cristianos, las ofrendas que se hacían á las iglesias ya no tuvieron límites y se aumentaban cada día de un modo extraordinario. Las diaconisas recibían de muchos romanos ilustres y emperadores inmensas propiedades del sacerdocio pagano; por manera que las riquezas que habían alimentado durante muchos siglos los altares de Júpiter y de Venus, fueron empleadas en alimentar á los pobres, pagar su entierro, rescatar cautivos, educar huérfanos, socorrer á los reyes ó curar las heridas de los cristianos que salían de las minas.

(Se continuará.)

Exposicion universal

DE VIENA.

EL PABELLON DEL JURADO.

Ya sabemos que la Exposicion universal de Viena se abrió con toda solemnidad el 1° de mayo. La ceremonia de inauguracion fué muy brillante en medio de la inmensa ronda que hace la admiracion de los visitantes, y cuajada aquel día de una concurrencia abigarrada procedente de todas las partes del mundo. La fiesta terminó con el paseo de rigor del séquito imperial al través de las galerías principales del palacio, y en este paseo el emperador no dejó de felicitar á los comisarios extranjeros que se hallaban al frente de sus respectivas exposiciones.

Francisco José y su comitiva habían llegado por la grande avenida y se habían detenido un instante en el pabellon imperial y real, cuya vista hemos dado en uno de nuestros números anteriores.

La entrada principal de la Exposicion se halla en esa grande avenida que va del Praterstern á Lusthaus y al Campo de carreras. A derecha é izquierda de la entrada,

justo enfrente de la rotonda, que desde ese sitio produce un efecto grandioso y á la que conduce una avenida con céspedes y fuentes, se encuentran las construcciones destinadas á los diferentes servicios, direccion general, correos, aduanas y telégrafos.

Inmediatamente despues, siguen á la derecha el pabellon del Emperador, y á la izquierda el del Jurado, cuya vista damos hoy á nuestros lectores. Estos dos pabellones forman pareja, y sus fachadas principales miran oblicuamente al palacio.

El pabellon del Jurado, muy elegante, como puede juzgarse por el dibujo, y no menos lujoso que el del Emperador, es sin embargo diferente de este último. Se halla rodeado de jardines que cierran por detrás los corredores cubiertos. A la izquierda hay una escuela sueca, un restaurant francés, el buffet Schwinger y el interesantísimo edificio del periódico titulado *la Nueva prensa de Viena*. L. C.



M. ESTANISLAO JULLIEN.

M. Estanislao Jullien.

Ha fallecido M. Estanislao Jullien, el célebre orientalista. Era miembro del Instituto y de todas las academias de Europa, subdirector de la Biblioteca nacional y administrador del Colegio de Francia.

Habia nacido en Orleans el 20 de setiembre de 1799.

Era hijo de un mecánico distinguido, y desde muy joven se distinguió en el estudio de lenguas, aprendiendo el griego casi sin maestro. Fué elegido por el profesor Gail

por su suplente en el Colegio de Francia. En 1823 publicó, con una doble traduccion en francés y en latin, una edicion del poema de Colathus, el *Enlèvement d'Hélène*.

Además del griego, Estanislao Jullien poseia el latin, portugués, español, alemán, sanscrito, y finalmente el chino, gracias á sus relaciones con Fresnel, uno de los oyentes al curso de Abel Rémusat. En menos de un año aprendió este último idioma, y empezó á traducir en latin las obras del filósofo Meng-Tseu.

Desde esta época inició á la Francia en todos los secretos de las ciencias, artes y literatura en China; y por su traduccion de la *Histoire du Cercle de craie*, hizo conocer el teatro de los chinos; la novela por las *Deux filles lettrées*, las doctrinas filosóficas y religiosas por el libro de las *Récompenses et des peines*; la industria y las artes por un *Résumé des principaux traités chinois sur la culture des mûriers et l'éducation des vers à soie*; y despues por un *Traité sur l'art de fabriquer les porcelaines*.

En 1827 fué nombrado sub-bibliotecario del Instituto, y á la muerte de Abel Rémusat le reemplazó en el Colegio de Francia.

Sus exequias tuvieron lugar en la iglesia de Saint-Jacques-du-Haut-Pas. Las cintas del féretro eran llevadas por MM. Haureau y Wallon, representando el Instituto; Elie de Beaumont el Colegio de Francia; y Taschereau la Biblioteca nacional. Entre los asistentes se encontraban MM. Julio Simon y Renan.

Estanislao Jullien habia sido promovido á oficial de la Legion de Honor en 1859 y comandante en 1863. Además habia sido condecorado con diversas órdenes extranjeras. L. C.



ACADEMIA NACIONAL DE MÚSICA. — *Gretna Green*, libretto de MM. Nuitter y Mérante, música de M. E. Guiraud. — (Véase la *Revista de Paris*).

LA DICHA DE UN DESDICHADO,

NOVELA ORIGINAL INÉDITA

ESCRITA PARA

EL CORREO DE ULTRAMAR

Por Julio Nombela.

I.

UN CUADRO DE COSTUMBRES.

— ¡El coche!... ¡el coche!

Apenas dió esta voz uno de los criados de la fonda de San Cristóbal, en la ciudad de Ecija, se pusieron en movimiento todos los mozos de la casa.

El amo dejó oír su bronca voz que pronunciaba *ukases* á la andaluza, los huéspedes se asomaron á los balcones de la calle y del patio, y un sinnúmero de curiosos que murmuraban sentados en el zócalo de la colosal estatua de San Cristóbal, que se levanta en medio de la plaza del mismo nombre, abandonaron sus cómodas posturas y corrieron á rodear el coche que con su llegada produjo el movimiento que acabo de describir.

En la mayor parte de las capitales de Andalucía, cualquier suceso, por insignificante que sea (y la llegada de una diligencia, se contaba en la época en que empieza la acción de esta historia en el número de los sucesos) da motivo á diversos comentarios y alimenta la pública curiosidad, tan desarrollada en las provincias meridionales de España.

Por esta razón no debe extrañarse que acudieran muchas personas desocupadas á presenciar el descenso de los viajeros que iban á permanecer hora y media á su lado para descansar de las fatigas del camino y reponer su estómago, víctima del desarreglo en que se hallaban en nuestro país las fondas, estaciones de diligencias, sobre todo en la indicada época, que era ni más ni menos que el año 1835.

— Es el número 6.

— ¡Y está recién pintado el coche!

— ¡Qué atestado de gente viene!

— ¡Qué hombre tan gordo aquel!

— ¡Qué ojos tan picarillos tiene la señora de la ronda!

— Pues digo que el oficial que la acompaña...

— ¿Y la señora de la berlina?

— Parece un alma en pena.

— Alguien la ha hecho mal de ojo.

— La doncella es mas guapa.

— ¡Qué lujo lleva!

Estas y otras frases, graciosas muchas de ellas, pero graciosas al estilo de Andalucía; ó lo que es lo mismo, mas para dichas que para escritas, salieron á torrentes de los labios de los espectadores, mientras que los viajeros se apeaban del carruaje, sacaban de él los objetos manuales y subían silenciosamente ó en quejumbrosas pláticas las espaciosas escaleras de la fonda que abrian camino al comedor y á los alojamientos del piso principal.

Poco á poco fueron disolviéndose los grupos de la plaza, y puesto que nada puede interesar á los lectores que los siga y escuche, los abandono para internarme con los viajeros en la sala de descanso de la fonda.

Por la ligera fraseología de los curiosos ecijaneros conocen los lectores el personal de aquellos.

No hace pues falta que me detenga á describirlos. Bástanos no perder de vista á la señora de la berlina, que pidió un cuarto, instalándose en él inmediatamente.

Como esta buena señora es uno de los principales personajes de mi historia, no seria justo que la conociéramos únicamente por las satíricas apreciaciones de los desocupados observadores de la plaza de San Cristóbal.

Conozcámosla á fondo.

II.

LA SEÑORA DE LA BERLINA.

Doña Elena de Sampelayo, era la única hija y heredera del baron de la Fe, uno de los mas opulentos banqueros de Madrid hace ya muchos años.

Cuando la jóven tenia diez años, perdió á su madre, y el autor de sus dias resolvió llevarla al monasterio de las Salesas Reales para que recibiera allí una escogida educacion.

Pasó Elena siete años de su vida al lado de las benditas monjas, y cuando iba á cumplir los diez y ocho, llegó un dia á la puerta del convento una lujosa carretela.

El baron de la Fe se presentó en el locutorio, pidió permiso á la superiora para hablar con ella, entró en la sala de recibo, y á poco rato se halló enfrente de

la santa madre, con quien sobre poco mas ó menos cambió las siguientes palabras:

— ¿Qué tal la señorita Elena, se halla en disposicion de dejar el colegio para ser presentada en el gran mundo?

— Aun no está muy madura su inteligencia; pero sabe coser, bordar, hacer puntilla, tocar el piano, confeccionar toda clase de dulces, y sobre todo está muy empapada en los misterios de nuestra religion. Cierito que es una mujer y que puede desempeñar los deberes de tal; pero créame, hermano, se les toma un cariño tan grande en el convento, que causa pena tener que separarse de ellas... ¡y para siempre! Ahora, si es necesario que nos abandone para volver al seno de su familia, aunque con lágrimas en los ojos, la veremos partir resignadas pidiendo á Dios que la colme de venturas.

— Gracias, hermana, por el aprecio que merece á usted mi hija; pero es de todo punto indispensable que abandone esta santa casa. Si como dice Vd., su virtud y sus inclinaciones la favorecen, con el cuidado paternal poco debemos temer por su suerte. Tenga usted la bondad de llamarla para decirle que se disponga á acompañarme.

La superiora dió la órden, y media hora despues, al mismo tiempo que se asomaban todas las colegialas á las celosías revelando en el rostro una tristeza envidiosa, Elena subia á la carretela de su padre, fascinada por esa especie de estrabismo que producen los deseos en tropel cuando están próximos á dejar de ser deseos.

Cuatro dias mas tarde una silla de posta conducia á Paris tres viajeros: el baron de la Fe, Elena y Rosalia su doncella, madre de la jóven á quien hemos visto entrar en la fonda con la señora de la berlina.

Como el oro es el idioma universal, y el padre de Elena hablaba en este idioma, su nombre era muy conocido y apreciado en la entonces vecina córte; y desde el dia de su llegada se abrieron para él y para su hija los mas aristocráticos salones.

Elena, á quien no debemos juzgar por los informes de la superiora, tenia ese talento de sociedad que tan bien definen los franceses con la palabra *esprit*, y mas que las labores femeniles sabia las infinitas anécdotas de la historia universal del sentimentalismo en todas sus manifestaciones.

En cuanto á su moralidad, no se habia equivocado la superiora.

Paris ofreció ancho campo á la imaginacion de la jóven, que asociándose al espíritu de la época, adelantaba á paso de gigante en la senda del romanticismo para llegar á ser uno de sus caracteres mas marcados.

Conoció á Alfonso Karr y devoró su *Genoveva*, asistió á los dramas de Victor Hugo y Casimiro Delavigne, y desde los saraos al bosque de Boulogne, desde los Campos Eliseos á Vincennes, desde la Gran Opera al Teatro Francés, no dejó nada por ver, formando á fuerza de impresiones el sentimiento del sentimiento, ó lo que es lo mismo, su exageracion.

En casa de la condesa d'Azoulay conoció á un jóven español.

Sus ojos eran negros, y su melena negra y rizada hubiera inspirado en aquel tiempo un amor volcánico á la mas glacial inglesa.

Empezaron á tratarse, hablaron de su hermosa España y maldijeron su destierro: él, victima de la política liberal; ella, victima de las negociaciones bursátiles de su padre.

Se apercebieron de que se amaban, y como en aquella época era indispensable contar con la paternal resistencia, despues de algunos meses de un amor contrariado imaginariamente, convinieron en que debian huir para entregarse sin reserva á su pasion, y así lo hicieron abandonando el *lugar de su suplicio* el dia 7 de mayo de 1834.

Un año despues hija y padre se reconciliaron.

Elena habia cambiado de carácter y hasta de fisonomía.

Amaba la soledad, y suplicó á su padre que comprase una casa de campo en Andalucía para retirarse en ella.

Su amante habia muerto, y parecia haberse agotado todo el amor de Elena despues de aquel suceso.

Su tristeza era tranquila, pero intensa.

Desde entonces se la perdió de vista en los salones y en los paseos.

Su padre fué atacado de la enfermedad de los ricos, como dicen los pobres para citar la gota, se retiró de los negocios con pingües ganancias, y habitó en la quinta de su hija hasta su muerte, acaecida un mes antes del dia en que el coche número 6 de las diligencias peninsulares se detuvo delante de la fonda de San Cristóbal en la ciudad de Ecija.

— Por qué Elena, que desde la muerte de su primero y único amante se habia retirado del mundo y desechado infinitos enlaces ventajosos, abandonaba un retiro tan grato para ella y se dirigia á la córte?

Misterios son estos que no me es dado descubrir, hasta que los sucesos se encarguen de complacer á los lectores á quienes haya interesado la historia de la señora de la berlina.

III.

EL TESORO DE UN POBRE.

Puesto que conocemos mejor que los curiosos ob-

servadores de los viajeros alojados en la fonda á la señora doña Elena de Sampelayo, entonces baronesa de la Fe, penetremos en la habitacion que le han destinado, y oigámosla, por lo que pueda interesarnos su conversacion.

— ¿Quiere Vd. tomar algo, señorita? le dijo la doncella.

— No... prefiero descansar un instante... He pasado una noche muy agitada, los recuerdos me han mortificado.

— ¡Pobre señora... siempre tan triste!

— ¿Qué quieres que haga?

— Olvidar... distraerse...

— Quizá algun dia pueda encontrar la calma, si no la dicha que me abandonó para siempre hace ya muchos años. Tu pobre madre Rosalia, que en paz esté, supo lo desgraciada que fui en los primeros años de mi juventud. Compañera de mi infortunio, llevó al sepulcro el consuelo de dejarme resignada y poseida de dulces esperanzas; pero ¡ay!...

— Vamos, señora, no sea Vd. así, olvide Vd. las penas. ¿Qué se adelanta con recordarlas? Entristecerse y nada mas... ¡Animese Vd., por Dios!... ¿no me ha dicho Vd. que esperaba muy pronto un gran consuelo?

— ¡Ah! sí, Lucía... por conseguirle he abandonado nuestra querida soledad, nuestra casita, nuestras flores y el sepulcro de mi adorado padre. Si fuera tan dichosa...

— ¿Y por qué no? La desgracia se cansará de perseguirnos. Ningun dolor dura cien años, como dicen los viejos de la aldea.

— Tienes razon, contestó Elena reconcentrándose en el fúnebre pensamiento que sin querer habia despertado en su mente la oficiosa doncella.

Lucía respetó su meditacion y salió de la estancia. Elena quedó sola.

De pensamiento en pensamiento llegó á fijarse en su presente situacion, y como distraida, paseó la mirada en torno suyo.

En un rincon vió una paleta que no le pertenecia.

Encima de la mesa encontró una cartera, la cogió, la abrió, y en el libro de Memorias halló algunos versos, algunas notas, y repetido varias veces el nombre ISABEL.

— ¿De quién serán estos objetos? se preguntó.

Elena pensó que los habria olvidado algun viajero, y no volvió á acordarse de ellos en algunos minutos. Se sentia cansada y se acostó en el lecho.

Su mano se deslizó casualmente debajo de la almohada y encontró un nuevo objeto.

Algunos segundos despues leia en un cuaderno este renglon:

HISTORIA DE MIS SUEÑOS.

Y los siguientes versos:

« La Providencia, que es justa,
» Me hizo á un tiempo pobre y rico,
» Rico, en el mundo en que sueño,
» Pobre, en el mundo en que vivo.

» Avaro de mis riquezas
» Busco á mi pobreza alivio,
» Ocultando en estas páginas
» Mis ensueños, mis delirios.

» Que al menos cuando mi pecho
» Exhale el postrer suspiro,
» Muera tranquilo gozando
» Al recordar mi martirio. »

La baronesa de la Fe leyó con avidez los anteriores renglones.

Despues de terminar la lectura, volvió á fijar sus ojos en la letra, se incorporó en el lecho, pasó los indices por sus ojos, volvió á leer, sacó de su cartera un papel arrugado, cotejó aquel escrito con el cuaderno, y abandonando precipitadamente el lecho, tiró del cordon de la campanilla.

Un criado se presentó en el dintel de la puerta.
— ¿Quién se ha hospedado en esta habitacion antes que yo? preguntó la baronesa.

El criado se turbó, y dirigiendo una mirada á la maleta que estaba en el rincon:

— Señora, balbuceó... perdone Vd.; pero como no van Vds. á detenerse en Ecija mas que hora y media...

— ¿Qué quiere Vd. decir?

— Quiero decir que este cuarto lo tiene alquilado un jóven que hace cinco ó seis dias llegó aqui; pero como se marcha muy temprano y no vuelve hasta la noche, de dia colocamos en él á los viajeros que van de paso.

— ¿Cómo se llama el huésped?

— Todos lo ignoran en la casa. Llegó en la diligencia, pidió una habitacion, pero hasta ahora no ha comido en la mesa redonda... Como que el amo ha empezado á desconfiar de él, y si no tuviera aqui en prenda su maleta...

— Está bien, dijo la baronesa haciendo una seña al criado para que se retirase.

Apenas se halló sola volvió á leer la primera página

del cuaderno, y asomaron á sus ojos lágrimas de dulcísima emoción.

Cuando Lucia entró en el cuarto encontró á su señora tan embebida en la lectura del cuaderno, que ni aun siquiera se atrevía á respirar.

Antes de que la baronesa acabase de recorrer aquellas páginas fantásticas, el mayoral llamó á los viajeros para proseguir el camino.

Habian trascurrido dos horas.

La doncella salió de la habitación para pagar la cuenta del hospedaje, y entre tanto trazó en inglés, en una de las hojas de la cartera que estaba sobre la mesa las siguientes líneas :

« Buscad el libro de vuestros sueños detrás del cuadro que representa la entrevista de *Adriana Cardoville* con el príncipe *Djalma*. »

Llamó al criado, le dió en voz baja algunas instrucciones, puso en sus manos una onza de oro, y partió.

Después de haber subido á la diligencia todos los viajeros, dijo el oficial de la rotonda á su compañera de viaje y á un exclaustro que iba con ellos :

— Pues señor, de esta hecha, vamos los tres solitos hasta Madrid.

— ¿Cómo es eso? preguntó el exclaustro.

— ¿Se queda en Ecija el dormilon? añadió la jóven.

— Estas son sus palabras; dijo el oficial : « Buen viaje, compañeros; yo siento aquí mis reales. »

— Quizás por falta de ellos no prosigue el camino.

— Mejor... así iremos mas anchos.

— Para lo que hablaba...

— Por fuerza es un cartujo.

La diligencia partió.

La baronesa y su doncella continuaron el viaje en la berlina.

La primera, después de algunos instantes de silencio, rompió en abundoso llanto.

— ¿Qué tiene Vd., señora?

— ¡Ah! exclamó la baronesa; mi llanto es de placer... no te aflijas por mí... voy á ser muy dichosa.

Al mismo tiempo el mayoral arreaba á las mulas, el zagal entonaba *por todo lo alto* una playera, y el mozo de la fonda que habia servido á la baronesa encerraba en su baul, al lado de otras monedas, la onza con que habia comprado veinte y cuatro horas de silencio á su lengua habladora.

IV.

LA SOLEDAD DEL ALMA.

Los que han estado en Ecija, aunque sea de paso, recordarán que á la izquierda del puente por donde se entraba á la ciudad cuando no habia ferro-carril, hay una espaciosa alameda rodeada de tapias.

Al pié de los frondosos árboles brotan preciosas y variadas flores; hay además fuentes cristalinas y blanquísimos asientos de mármol, á los que sirven de respaldo anchas y cortadas bandas de boj simétricamente dispuestas.

El ambiente que allí se respira es balsámico, delicioso.

En Ecija, como en las capitales de provincia y en las grandes poblaciones de España se pasea poco; solo los domingos concurren al paseo algunas familias, en su mayor parte forasteras.

La Alameda de Ecija está casi siempre desierta.

El día en que llegó el coche número 6 de las diligencias peninsulares á la fonda de San Cristóbal, solo un jóven se hallaba en ella.

¡Estaba muy triste!

Los párpados conservaban esa línea amoratada que dejan las lágrimas.

Habia llorado, y su llanto habia sido al mismo tiempo de pena y alegría.

Solo al verle se comprendia que encerraba un secreto doloroso en el fondo de su alma.

Sus negros ojos y su frente espaciosa dejaban adivinar en él una inteligencia superior.

Sus flexibles facciones daban á su rostro dos expresiones que se sucedian rápidamente : la de la dicha, la de la fe, la del pesar, la de la desconfianza.

Su traje era pobre, pero lo llevaba con distincion.

Si hubiérais sido amigos suyos, y en el instante en que os lo presento le hubiérais preguntado lo que pensaba, lo que sentia, os hubiera respondido :

— Lucho entre la fe y la duda : las esperanzas me hacen creer; los recuerdos me hacen dudar. Soy pobre y soy rico. Comprendo mi primera posición al escuchar la voz de la necesidad que me pide sustento para dar vida á mi inteligencia; pero cuando admiro á Dios en sus obras, cuando el alma domina á la materia, ¡ah! entonces no me cambiaria por nadie.

Esta confesion os haria exclamar :

— ¡Pobre jóven... cuánto sufre!

Si lo que os he indicado ha logrado interesaros, seguid leyendo, porque voy á trazar en breves líneas la historia de su vida.

La primera vez que tuvo conciencia de su ser, se halló en un cortijo en el seno de una familia de labradores, al poco tiempo se vió en Paris en el Liceo Napoleon, entre jóvenes de su edad, españoles como él, franceses y alemanes.

Hasta entonces no se habia ligado su alma mas que á la de un anciano médico, que habia cuidado de sus primeros años, que le habia llevado al colegio de Paris, que le escribia todos los meses aconsejándole

aplicacion y buena conducta, y que abonaba religiosamente los gastos de su enseñanza y manutencion.

A los diez y seis años abandonó el Liceo y volvió al lado de su protector.

Al regresar á la casa que le destinaron en un pueblo de Andalucia, próximo al sitio donde habia pasado sus primeros años, llevaba ya una sombra en su alma.

Habia visto á sus compañeros gozar al recibir las cartas y los regalos de sus padres, los recuerdos de sus hermanas, los agasajos de sus madres, y él nunca habia gozado como ellos.

Este sentimiento que no acertaba á explicarse marcó en su rostro algunas tintas melancólicas, é hizo taciturno su carácter.

Necesitaba algun consuelo, y lo halló en el estudio de varios idiomas, en el cultivo de las artes, en el de la música sobre todo.

Como digo, llegó á la casa de su protector, y el cielo de Andalucia y aquella naturaleza grandiosa que se aparece rica en vida, en color, á la vista menos impresionable, contribuyeron á despertar en su alma nobles deseos, inspiracion sublime.

Un año estuvo en compañía del doctor, y en este tiempo pintó algunos bocetos, compuso algunas melodias, y escribió versos que hubieran dado envidia á Racine por los pensamientos que encerraban, por las imágenes con que estaban embellecidos.

El doctor admiraba el rápido y brillante desarrollo de la inteligencia de su jóven pupilo, y un día al escuchar una sentida melodía que habia compuesto, titulándola *Mi madre*, notó que sus ojos se inundaban de lágrimas.

Luciano, que este era el nombre del jóven, se conmovió tambien.

Abandonó el piano y se dirigió precipitadamente hácia su único amigo.

— ¿Ha llorado Vd? le dijo.

— Sí, Luciano, sí, le contestó; esa melodía es muy triste.

— ¡Ah! exclamó de pronto el jóven; ¿quiere usted que en lo sucesivo le llame padre?

El doctor no supo qué contestar.

— ¿No me responde Vd.? ¿Acaso le ha disgustado mi súplica?

— No, hijo mio, no; me ha hecho recordar tu desgracia, y el pesar ha embargado mi voz.

— ¿Por qué no me ha hablado Vd. nunca de mi origen? Yo daria toda mi vida por saber á quién debo la existencia.

— ¡Luciano... Luciano!

— ¡Oh! apiádesese Vd. de mí... ¿Quiénes son mis padres?

— Tú ignoras, hijo mio, que los médicos, como los sacerdotes, tenemos el deber de llevar con nosotros á la tumba los secretos que nos han confiado ó hemos descubierto en esos momentos en que las almas debilitadas ven en nosotros la representación de la Providencia; tú ignoras que el médico ahoga muchos sollozos y oculta muchas lágrimas; por eso me preguntas tu origen. Yo no lo sé, yo no debo saberlo. ¿Acaso te ha faltado algo desde que estás en el mundo? ¿No he satisfecho todos tus caprichos?

— Sí, pero no puede Vd. mitigar una pena que destroza mi alma. Ha satisfecho Vd. todos mis caprichos, pero no me ha dado Vd. el beso de una madre.

— Puedo darte una esperanza.

Esta última frase sumió á Luciano en una profunda meditacion.

Cuando salió de ella se encontró solo.

Aquella escena no se borró jamás de su memoria.

Entonces fué cuando escribió la primera página del libro que han visto los lectores en manos de doña Elena de Sampelayo, porque Luciano era el que habitaba el cuarto de la fonda de San Cristóbal al llegar á Ecija el coche número 6 de las diligencias peninsulares.

V.

LA SOLUCION DE UN PROBLEMA POR MEDIO DE DOS BILLETES DE BANCO.

Dos años después de la escena que he bosquejado, murió el doctor, y Luciano quedó solo en el mundo.

Desde entonces, todos los meses le entregaba un amigo de su protector lo suficiente para que atendiera á sus necesidades.

Si hubiese dado impulso á sus deseos, al encontrarse con su esperanza muerta, porque el doctor habia llevado al sepulcro su secreto, se hubiera dirigido á Madrid.

— Tengo ambicion, se decia, y podré conquistar la posición que otros disfrutan.

Pero un secreto temor le detenia.

Su corazón estaba íntimamente enlazado con los recuerdos de su infancia, y no podia desprenderse de los parajes en que habia sufrido sus primeras impresiones.

Al mismo tiempo habia otra fuerza superior que le paralizaba.

Su alma sola y perdida en el mundo habia buscado una nueva esperanza, y la habia encontrado en el amor.

Un día halló en su camino á una mujer.

Era un alma purísima, bajo la forma mas bella que puede figurarse la imaginacion de un artista.

Su rostro, con todo el encanto de los diez y ocho años, tenia alguna sombra de tristeza.

Habia perdido á su madre, y sin comprender este dolor, lo sentia.

Luciano é Isabel se amaron, porque Dios une á las almas que han nacido para confundirse, por mas que el mundo las separe.

Pero él era pobre y no tenia familia; ella era rica, y esto habia hecho pensar á su padre.

Los cálculos basados sobre el cariño me parecen las ilusiones mas tristes de la vida.

El padre de Isabel habia calculado que debia casarla con el hijo de un amigo suyo, que era además muy rico, aunque de origen vulgar.

Al saber el amor que inspiraba á Luciano, á pesar de ser un hombre honrado le humilló desahuciándole.

— Cuando tenga Vd. la fortuna que desco en el hombre que haya de ser su esposo, atrévase Vd. á amarla, le dijo.

Luciano hubiera podido contestar :

— Cuando con todo el oro de ese hombre y el que poseen los demás en la tierra pueda Vd. comprar un alma como la mia, goce Vd., porque habra conseguido la felicidad de su hija.

Pero no se atrevió á decirle nada, y de la noche á la mañana desapareció del pueblo.

Solo Isabel supo á dónde se marchaba.

El amigo del doctor fué á entregarle la mensualidad acostumbrada, y ya habia desaparecido.

Al saber esta noticia lloraron amargamente unos ojos que reflejaban un alma amorosa.

— Es preciso buscarle, pensó esta alma.

Luciano se olvidó de que para viajar era preciso abundante dinero, y cuando supo esta triste verdad se halló instalado en Ecija en la fonda de San Cristóbal.

Allí pasó seis dias sin atreverse á continuar su viaje, porque cuando este impulso le agitaba, recordaba que le presentarian unos guarismos terribles.

Su alma estaba poseida del sentimiento de su grandeza, del deseo de hallar á sus padres, y del inmenso amor que profesaba á Isabel; pero en su mente habia una idea fija que le atormentaba, la de que debia al fondista los dias que habia vivido en Ecija, y no tenia recursos para pagarle.

Esta era su situación al encontrarse solo en la Alameda.

Por eso sus miradas revelaban la pesadumbre de su alma.

Por eso sus facciones expresaban sucesivamente hondos pesares y esperanzas dulcísimas.

— Es preciso tomar una resolución, se dijo; y comenzó á caminar buscando la salida de la Alameda. Hablaré francamente al dueño de la fonda, le pediré que me espere unos dias, y volveré á buscar aquella mano que todos los meses me proporcionaba los medios de olvidar que en el mundo es preciso pagar la habitación del alma.

Llegó á la fonda y entró en su cuarto.

Al subir la escalera sintió que toda la sangre se le agolpaba al rostro.

Tuvo vergüenza de sus proyectos, y se dejó caer desesperadamente sobre la silla que habia en su habitación delante de la mesa.

Sus distraídos ojos se fijaron en su mal cerrada cartera.

La abrió, y unos caracteres escritos por una mano desconocida y en idioma extraño, despertaron su curiosidad.

Los leyó, é instantáneamente fué á buscar su cuaderno debajo de la almohada.

No le halló, y corrió hácia el cuadro designado en aquel papel, para él misterioso.

En vez de un cuaderno vió una carta.

La abrió, y cayeron en la mesa dos billetes de banco de 500 reales cada uno.

Desdobló la carta, y leyó estas palabras en inglés : « Os dejo, en cambio de vuestras confesiones, lo suficiente para que realiceis vuestros primeros deseos. Animo, y esperad. »

— ¿Qué es lo que me sucede? se dijo asombrado con tan inesperado acontecimiento.

Inmediatamente tiró de la campanilla, y se presentó en el cuarto el criado á quien ya conocen los lectores.

— ¿Quién ha entrado aquí mientras yo he estado fuera? preguntó Luciano con voz agitada.

El sirviente, que estaba alleccionado, fingiendo un gran temor, bajó los ojos y calló.

— Responda Vd. ¿Quién ha entrado en este cuarto?

— Señorito, voy á decir á Vd. la verdad; contestó el criado con aire compungido. Mientras Vd. estuvo fuera llegó la diligencia de Sevilla con muchos viajeros, todos pidieron cuarto, y faltándonos uno, dispusimos que descansara en el de Vd. un inglés que á toda costa queria un buen alojamiento. Aquí pasó hora y media, y después se marchó.

— ¿Quién puede ser ese hombre? se dijo Luciano, olvidándose del criado.

— ¿Quiere algo mas el señorito? preguntó este con humildad.

Luciano dirigió una mirada á los billetes de banco, y exclamó de pronto :

— Tráigame Vd. la cuenta.

El criado salió y se fué á su cuarto.

Buscó en su cofre la onza que le habia dado la señora de Sampelayo, y acariciándola se dijo :

— Hasta ahora no te habia ganado bien : ya eres mia.

Volvió á guardarla, y se dispuso á confeccionar la cuenta que acababan de pedirle.

Entre tanto Luciano permanecia en una lucha horrible.

— Me han robado mis secretos, decia, y han creido pagármelos con un poco de oro. ¡Oh! sin embargo, me han hecho un beneficio. ¿A quién podrán interesar mis confesiones?

El mozo le presentó la cuenta, la pagó y se dirigió á la administracion de correos.

Una hora despues debia pasar por allí la silla de posta, y tomó un asiento para Madrid.

Al salir él, entró un hombre de alguna edad.

— Un asiento para Madrid, dijo.

— No hay, le contestaron.

— Pues es preciso que yo vaya en el coche que va á llegar. Busque Vd. el medio y no repare en el precio.

— Como no vaya Vd. con el conductor...

— Bien está, irá con él.

Aquel mismo dia abandonaron la ciudad de Ecija Luciano y el hombre desconocido.

JULIO NOMBELA.

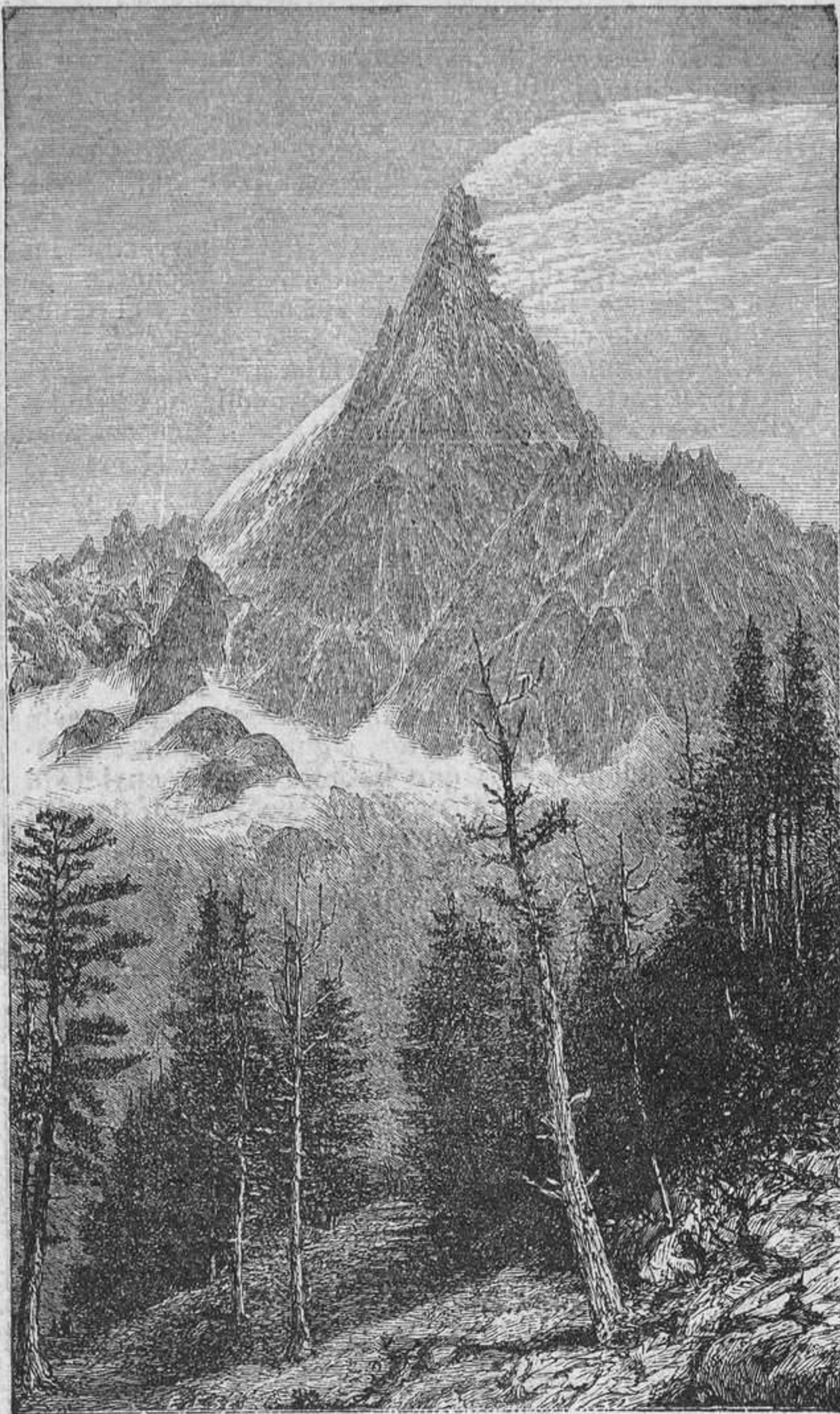
(Se continuará).

Los ventisqueros

Y LAS METAMÓRFOSIS DEL AGUA,

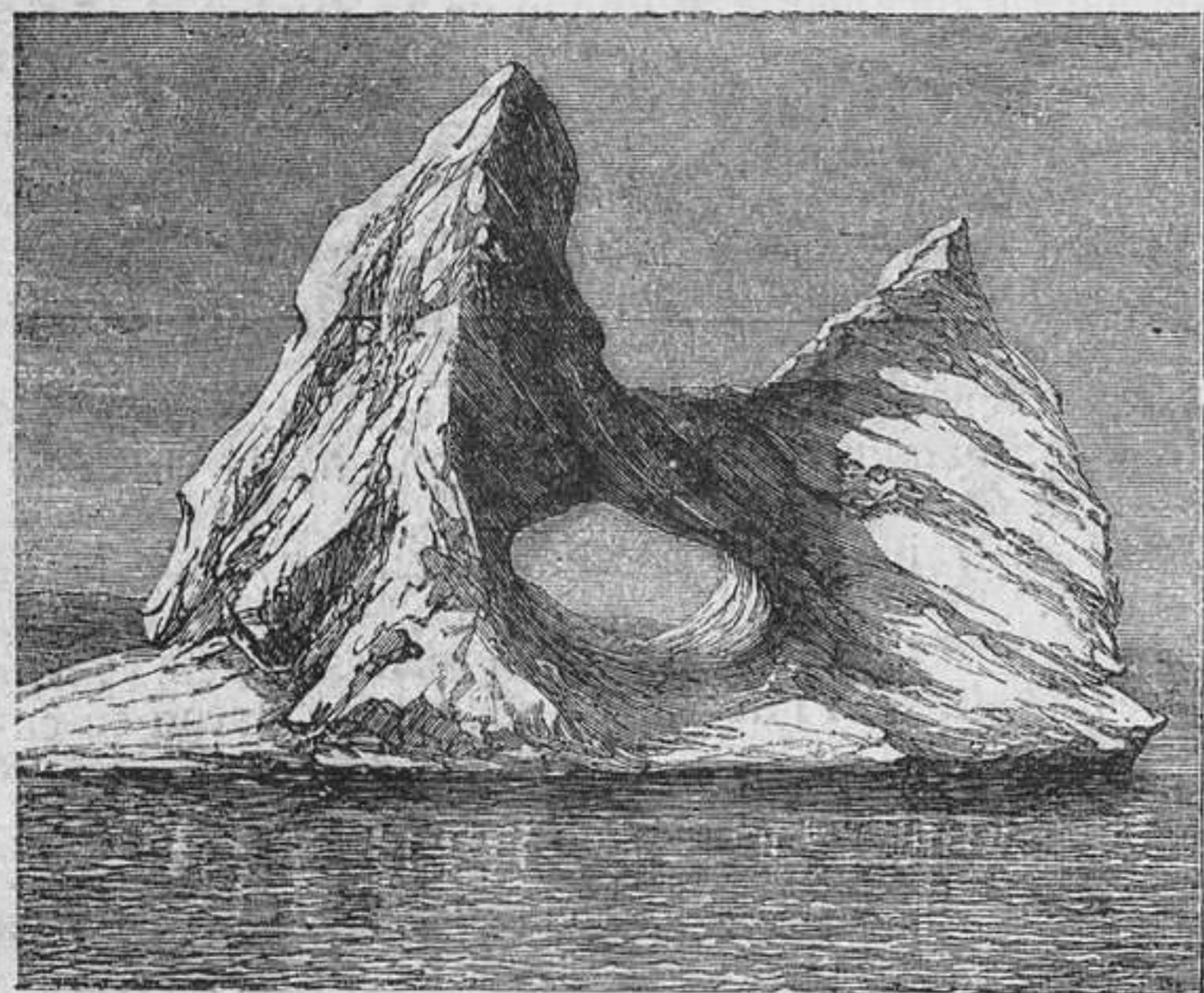
POR J. TYNDALL.

Con este título acaba de publicarse una obra impresa en Paris, Leipsig, Lóndres y en



LOS VENTISQUEROS Y LAS METAMÓRFOSIS DEL AGUA.

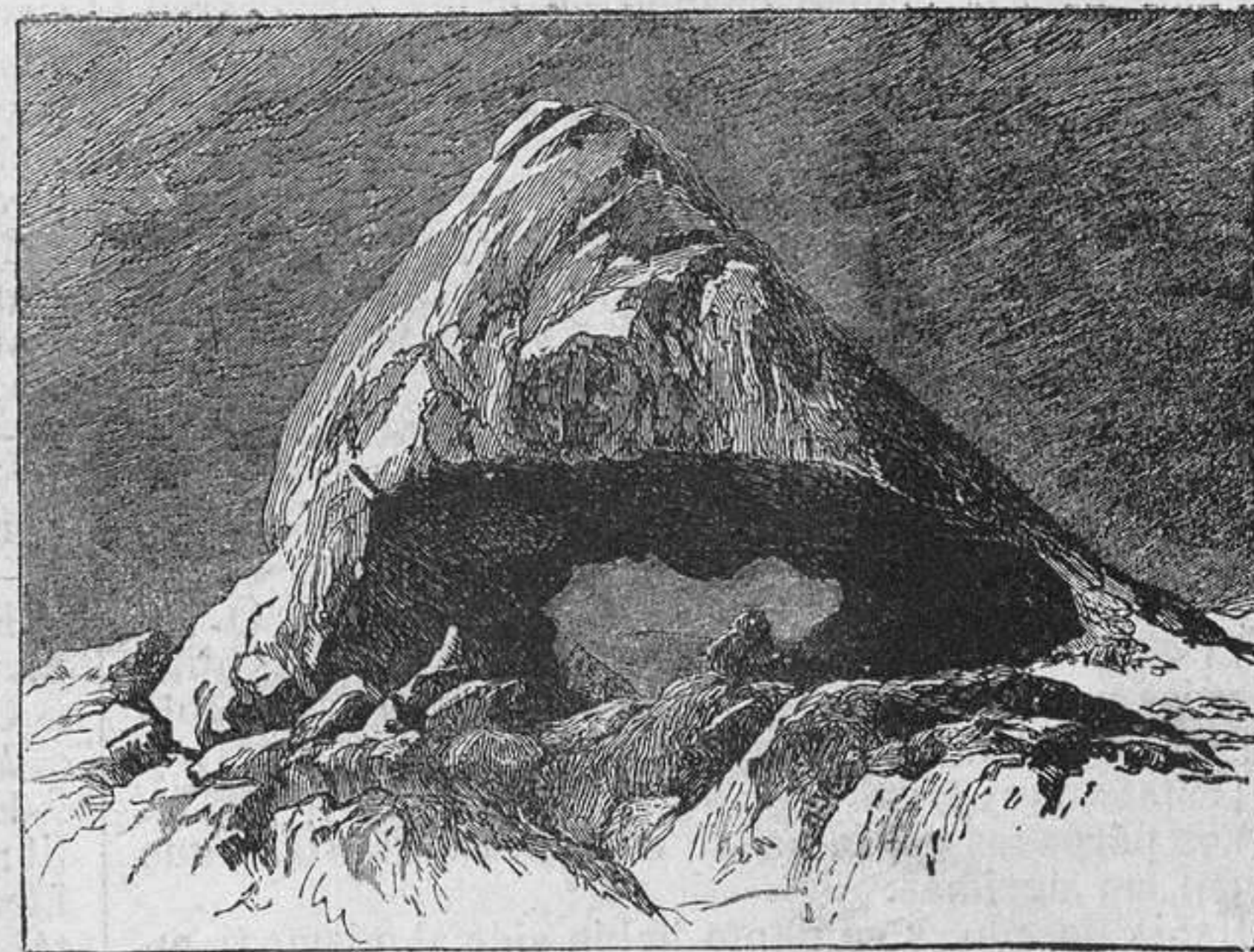
Aguja del Dru y penacho de nubes.



Montaña de hielos árticos atravesada de parte á parte.



Pino cubierto de nieve en Chamounix.



Trozo de hielo en el ventisquero de Bossons.

Nueva York. Su autor ha reemplazado á M. Faraday en el Colegio real de Lóndres. En las conferencias que M. Tyndall ha hecho en América ha conseguido reunir 13,500 dollars (66,000 francos), cuya suma ha dejado generosamente en América para fundar un colegio que tenga por objeto el progreso de las ciencias. Un comité local acaba de formarse para dar un gran impulso á su obra internacional, á fin de que pueda elevarse á la suma de 50,000 dollars (250,000 francos). ¿Y quién sabe si el pueblo francés no recibirá algún día la agradable sorpresa de que M. Tyndall le cedrá los beneficios de su obra?

De todos los publicistas ingleses, Tyndall es seguramente el que mejor ha comprendido las doctrinas del gran Agassiz, que fué el inventor de las teorías de los ventisqueros, y al presentarlas como suyas no solamente ha sabido popularizarlas en Inglaterra, sino tambien en Francia y en la Suiza romana, en donde nacieron.

La obra termina con una discusion muy interesante sostenida con M. Helmholtz, fisico alemán.

M. Tyndall se halla en su centro cuando se trata de los ventisqueros, pues no existe una cima, orgullosa al verse á tanta altura, adonde no haya llegado su *alpen stock* (1) ni que haya dejado de hollar con sus plantas las cumbres de los picos mas escarpados, cubiertos de nieve, sin exceptuar el Cervino, esa cumbre que ha inmortalizado la muerte de lord Douglas.

En los últimos quince años, y bajo la presión de influencias misteriosas, se observa una gran variación en la formación de los ventisqueros : vemos ya la cascada del Gigante que no es la sombra de lo que fué; el ventisquero de las Mottes no puede continuar alimentando los manantiales del Aveyron; y por último, hinchado por la rapidez de la fusión de las nieves, el lago de Maerjelin ha roto sus diques. Las ruinas se acumulan en las altas regiones, y mientras que el imperio de las gamuzas disminuye en extensión, el de las vacas y cabras se ensancha cada dia mas.

(1) Baston de los trepadores.

Así vemos que M. Tyndall se prepara á dejar la Suiza y la Saboya para trasladarse á la Islandia y á las *névés* formidables de los Alpes Escandinavos (1). Al lado de un sorprendente témpano de hielo, con un agujero gigantesco en el centro (fig. 2) y separado de un amontonamiento de hielo, M. Tyndall coloca una masa de una forma análoga (fig. 4), encontrada en el ventisquero de los Bossons. Sin preocuparse de las observaciones del sabio Helmholtz, estos objetos tan extraños han sido formados tambien por la aglomeración de tres grandes pedruscos, y cubiertos despues de nieve.

M. Tyndall hace como los guías mas prudentes y experimentados de los Alpes; empieza por interesar á sus lectores antes de conducirlos al mar de hielo, á la abertura de la gran cima y á las nieves del Tacul ó la Jorasse.

En la portada del libro de los ventisqueros se eleva la aguja del Dru (fig. 1), muy acertadamente escogida para que pueda formarse una idea de las dimensiones colosales de esos grandes obeliscos que decoran la naturaleza en la Protogina.

La base de rocas que descansa sobre una vasta cima de nieves no tiene menos de media legua de diámetro. La altura de este pico es tan formidable, que M. Tyndall, el rey de los trepadores, no tarda menos de doce horas en llegar.

El hielo de los ventisqueros se asemeja á la lava, que corre lentamente é invade todo lo que encuentra á su paso.

Casi podria asegurarse que esos grandes picos adornados con sus penachos compiten con los pantanos de la Toscana; pero estos vapores no indican la acción de fuegos subterráneos que se descubren por indiscretas aberturas; es, por el contrario, el frio lo que produce estos vapores por un efecto físico de los mas simples. La cima helada condensa la humedad disuelta en el aire, y obra como el serpentín en un aparato de destilación, é impulsados hácia el Sur estos mismos vapores, caen bajo la forma de lluvia ó de nieve.

Algunos se trasforman en nubes, y dan á los habitantes de las llanuras una sombra deliciosa, aunque precaria.

De esta manera el Himalaya hace sentir su presencia en el Indostan, y por un efecto análogo ha adquirido el nombre que le dan los Brahmanes, que le saludan con el título de pechos del mundo; en efecto, de allí se precipitan esos impetuosos torrentes que forman la leche del Ganges.

M. Tyndall no ha hecho mas que escoger al azar entre todas las curiosidades naturales, como flores, líquidos, cristales, musgo, etc., y que los trepadores encuentran á cada paso en las mas altas regiones, esos depósitos en donde nuestra admirable naturaleza tiene guardados sus tesoros. De esas curiosidades hemos tomado un pino cubierto de nieve (fig. 3) que habia en 1859 en el valle de Chamounix, en donde las experiencias de M. Tyndall le habian obligado á pasar el invierno. Su forma es verdaderamente sorprendente, como pueden ver nuestros lectores. W. DE F.

(1) Se habla de su próximo viaje á Groenlandia, que ya recorrió Whympér.